WILLIAMS SHAKESPEARE

OTELO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913



OTELO

OTELO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

DE

WILLIAMS SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN Y REFUNDICIÓN EN VERSO

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

AMBROSIO CARRIÓN Y JOSÉ M.ª JORDÁ



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

El dux de Venecia.
El senador Brabancio.
Otros senadores.
Graciano.
Ludovico.
Otelo.
Casio.
Rodrigo.
Yago.
Montano.
Un mensajero.
Un heraldo.
Un oficial.
Desdémona.
Emilia.

Oficiales, caballeros, marineros, criados, etc.

ACTO PRIMERO

Cuadro I

Una calle de Venecia. A la izquierda, la casa de Brabancio.

ESCENA PRIMERA

RODRIGO y YAGO

RODRIGO Ni una palabra, Yago. Me lastima
que tú, que usaste siempre de mi bolsa
como dueño y señor, supieras...

YAGO ¡ Basta !...
ya que oirme no quieres... Mas si pude
en tal cosa soñar, debes odiarme.

RODRIGO Creo que le aborreces. Cuando menos
así me lo dijiste...

YAGO Y tu desprecio
exijo si no es cierto. Tres ilustres
señores de Venecia, le rogaron
que me nombrara su teniente ; y juro
que mi valor tal cargo merecía.
Mas él, como hombre altivo, encaprichado
con sus ideas, a mis protectores
replicó con palabras evasivas,
y con huecos conceptos de estrategia,
y en suma, despidiéndoles les dijo :
Mi segundo, lo tengo ya nombrado.
(Breve pausa.)
Y ¿quién es? Miguel Casio ; un florentino,

un necio, que a una dama no podría
acaso gobernar; que nunca estuvo
de un escuadrón al frente, y que de táctica
sabe tanto como cualquier doncella.
Sólo la teoría de los libros
conoce, mas en esto el Gran Consejo
docto es también. Palabrería vana,
sin práctica, he aquí toda su ciencia.
Y no obstante, ese hombre es preferido
por Otelo. Y yo, que ante sus ojos
en Rodas combatí, igual que en Chipre
y otras regiones, he de contentarme
mirando cómo medra el matemático,
en tanto que yo sigo siendo alférez
de su excelencia el Moro.

RODRIGO ¡Vive Cristo!...
¡Antes ser su verdugo prefiriera!

YAGO ¿Y qué he de hacer? Los gajes del servicio
son estos. No hay ascensos si no tienes
el favor de tu dueño. Y ahora juzga
si la razón me sobra para odiarle.

RODRIGO Yo en tal caso, abandono su servicio.

YAGO Calma, Rodrigo. Que si aun le sirvo
es esperando que la vez me llegue.
Amos no pueden ser todos los hombres,
ni estar todos los amos bien servidos
Y así te juro, que como Rodrigo,
tú te llamas, Otelo no quisiera
yo ser teniendo un Yago; que sirviéndole,
a mí mismo me sirvo. Sabe el cielo
que si le finjo afecto, es sólo el ansia,
de lograr mis intentos. Y si un día
mis acciones lograran delatarme,
a los grajos yo mismo arrojaría
mi corazón. No soy lo que parezco.

RODRIGO (Mirando la casa de Brabancio.)
¡Y que pueda alcanzar ese salvaje
tanta dicha!...

YAGO Pues bien, llama a su padre:
Despiértalo; emponzoña su alegría,
su deshonor proclama; a sus parientes

irrita y si su dicha no podemos
destruir, cuando menos de inquietudes
y de enojos hemos de rodearla.

RODRIGO Esta es la casa. Llamaré...

YAGO Con gritos
desgarradores, pavorosos, tristes,
como si la ciudad se consumiera
en las llamas...

RODRIGO (Gritando.)
¡ Brabancio ! ¡ ¡ Hola, Brabancio ! !

YAGO ¡ Al ladrón, al ladrón ! ¡ Alzad, Brabancio !...

ESCENA II

Dichos y BRABANCIO

BRABAN. (Apareciendo en una ventana.)
¿ Quién da esos gritos ? ¿ Por qué causa ?

RODRIGO En vuestra
casa, ¿ no falta nadie ?

YAGO ¿ Están cerradas
todas las puertas ?

BRABANCIO ¿ A qué vienen tales
preguntas ?

YAGO Con cien mil diablos, presto
vestíos. Que en el corazón os hieren
y os roban la mitad de vuestra alma.
Dad orden de que toquen a rebato
la campana, para que se despierten
los vecinos ; de lo contrario, puede
que esta noche el diablo os haga abuelo.

BRABANCIO ¡ No os comprendo ! ¿ Estáis loco ?

RODRIGO ¿ No conocen
mi voz, vuestros oídos ?

BRABANCIO ¡ No !

RODRIGO Rodrigo
yo soy.

BRABANCIO Ve enhoramala. ¿ Prohibido
no te tengo que rondes mis ventanas ?

De mis labios ya sabes que mi hija
no es para ti ; ¿y ahora, embriagado,
llegas para turbar mi sueño? ¡ Vete !

RODRIGO ¡ Señor, señor ! (Suplicando.)

BRABANCIO Juro que ha de pesarte
la burla.

RODRIGO Moderad vuestras palabras.

BRABANCIO ¿Qué dijiste de robo? Esta es Venecia
y no es mi casa un almacén.

RODRIGO ¡ Os juro
que llego a vos con intención honrada !

YAGO (Interrumpiendo.)
¡ Por el diablo, buen señor !... ¿Acaso
sois de aquellos que a Dios servir no quie-
[ren
aunque el mismo demonio se lo pida?
¿Llegamos a prestaros un servicio
y nos juzgáis rufianes? ¿Vuestra hija
queréis casar con un caballo árabe
y que relinchen vuestros nietos?...

BRABANCIO Dime
¿quién eres tú, infame deslenguado?

YAGO Uno, buen viejo, que a deciros viene
que vuestra hija se halla con el Moro
esta noche.

BRABANCIO Eres un miserable.

YAGO Y vos... un senador.

BRABANCIO Tienes que darme
satisfacción, Rodrigo, de esta infamia.

RODRIGO Y de todo, señor. Mas yo os suplico
que me digáis, si con permiso vuestro
y a media noche, sin otros guardianes
que un gondolero, vuestra hija ha sido
transportada a los brazos del lascivo
Moro. Si es con permiso vuestro, entonces
mal obramos viniendo a preveniros.
Mas si no lo sabéis, estoy seguro
que vuestra aciaga suerte remediamos.
Buscadla, pues, en sus habitaciones,
en la casa, y si la halláis en ella
me podéis entregar a la justicia.

BRABANCIO (Desapareciendo de la ventana.)

¡ Luces, pronto ! ¡ Una antorcha ! ¡ Que [despierte
todo el mundo !... ¡ Mi sueño ha coincidido
con la noticia ! ¡ Luces, presto, luces !

(Desaparece.)

YAGO Debo marcharme ; ¡ adiós ! Yo no podría
por el cargo que tengo, contra el Moro
atestiguar, ¿ comprendes ? Aunque le odio
como al infierno, afecto he de fingirle,
en apariencia sólo... Puedes creerme...

(Desaparece por el lado opuesto. Sale Brabancio y se detiene vacilante en el dintel de la puerta.)

BRABANCIO ¡ Oh, mi desdicha es cierta ! ¡ Se ha mar- [chado,
mancillando mis canas ! Di, Rodrigo,
¿ dónde la viste ? ¿ Con el Moro has dicho ?

(Gritando dentro de la casa.)

¡ Más antorchas, aprisa !
(A Rodrigo.) ¿ Acaso, crees
que se han casado ?

RODRIGO Lo presumo.

BRABANCIO ¡ Cielos !
¿ Cómo pudo ella huir ? ¡ Oh, sangre mía,
que me traicionas !... Pronto, que a mi [hermano
despierten. ¡ Vamos todos por distintos
caminos !
(A Rodrigo.) ¿ Por azar el sitio sabes
donde he de hallarlos ?

RODRIGO Pienso descubrirlos,
si vos me acompañáis con buena escolta.

BRABANCIO Guíanos, te lo ruego. A cada puerta
llamaré, que derecho para ello
tengo. Vamos a armarnos. Buen Rodrigo,
yo sabré agradecer tantos favores.

(Entran en la casa. Por el lado opuesto aparecen Otelo, Yago y varios criados con antorchas.)

ESCENA III

OTELO, YAGO y varios criados con antorchas.

YAGO Aunque en la guerra yo quité la vida
a muchos hombres, me repugna un crimen
premeditado cometer. Quisiera
tener un corazón menos sensible.
He estado a punto ya nueve o diez veces
de atravesarle el pecho con mi daga.

OTELO Prefiero lo contrario.

YAGO En tales términos
habló de vos, que a comprender no llego
cómo logré calmar mi fiero enojo.
Mas decidme: ¿os casasteis realmente?
Debéis tener en cuenta lo querido
que es este noble y que su poderío
alcanza al mismo dux. Quizás intente
haceros divorciar y sobre vuestro
lanzar humillaciones y desdichas
tantas, como la ley permitir pueda.

OTELO Deja que sobre mí caiga su ira.
Los servicios prestados al Estado
por mi brazo, reducirán sus quejas
al silencio. Se ignora, y cuando quiera,
proclamaré mi origen, ya que puedo
vanagloriarme de él, pues descendiente
soy de reyes, y mis merecimientos,
no es mucho, así, que a tal fortuna aspiren
como esta que he alcanzado. Más te juro,
buen Yago, que a no amar, como a Desdémona
adoro, yo jamás mi independiente
condición sujetara o restringiera
por todos los tesoros que en su seno
encierra el mar. Mas ¿qué son esas luces
que por allí se acercan?

YAGO Es el padre
a quien han despertado y que aquí llega
con sus amigos. Retiráos.

OTELO ¿Yo? ¡Nunca!

Aquí deben hallarme. Mi conciencia,
mi posición, mi rango, han de abonarme.
(Por los que llegan.)
¿Estás seguro de que son?...

YAGO ¡Por vida
del dios Baco! ¡Creo que no!

ESCENA IV

CASIO y varios oficiales de la Señoría con criados que llevan antorchas.

OTELO Oficiales
del dux ¿y mi teniente? ¡Buenas noches
amigos! ¿Qué sucede?

CASIO El dux me ordena
que os salude y os ruegue que al momento
ante él comparezcáis.

OTELO ¿Sabéis qué ocurre?

CASIO Según creo, serán nuevas de Chipre.
El asunto es urgente. Con premura
se os llamó, y fué en vano que acudieran
a vuestra casa. Entonces el Senado,
dió orden de buscaros en distintos
parajes.

OTELO (Señalando la casa de Brabancio.)
Necesito dos palabras
decir en esta casa y en seguida
os sigo.

CASIO Ved, señor, otros que llegan.

ESCENA V

Dichos, BRABANCIO y RODRIGO, que salen de la casa rodeados de servidores armados y de otros con antorchas.

YAGO (A Otelo.) General, es Brabancio. Mi consejo
seguid, que no son buenos sus intentos.

OTELO (A Brabancio y los suyos.)
¡Deteneos!

RODRIGO (A Brabancio.)

Señor, vedle, es el Moro

BRABANCIO (A los suyos.)
¡ Matadle ! ¡ A él !

YAGO ¡ Rodrigo ! Vos conmigo
os tenéis que entender.
(Le aparta de allí.)

OTELO Vuestros aceros
envainad, que el rocío de la noche
puede empañarlos. ¡ Más con vuestros [años
mandáis, señor, que con las armas vues- [tras !

BRABANCIO ¡ Ladrón infame ! Dime, ¿dónde ocultas
a mi hija? Sin duda la hechizaste,
ser infernal, y emplazo a los mortales
para que manifiesten si no es cierto
que para seducirla, has empleado
ruines sortilegios, abusando
de su inocencia virginal, con filtros,
o compuestos de alquimia que perturban
el cerebro. Por ello te detengo
y te acuso de corruptor infame
ya que ejerces un arte que condena
la ley. Aseguradle y si resiste
emplead la violencia si es preciso.
(Los dos bandos van a lanzarse uno contra otro. Otelo grita.)

OTELO ¡ Deteneos ! Lo mismo mis amigos
que vosotros. ¡ Si combatir yo debo
no necesito nadie que me advierta !
(A Brabancio.)
¿Dónde he de responder a vuestros car- [gos?

BRABANCIO En la cárcel, hasta que llegue el plazo
en que la ley te llame a defenderte.

OTELO Y si obedezco, ¿el dux que me reclama
para asuntos urgentes del Estado
qué dirá, cuando aquí sus emisarios
esperándome están?

OFICIAL Señor, es cierto,
y no dudo que a vos también aguardan.

BRABANCIO ¡Cómo! ¿El dux en Consejo? ¿A tales [horas?
Conducidlo hasta allí, que no es mi causa
de menguado interés y el dux y todos
mis compañeros, sentirán mi afrenta
como si a ellos mismos mancillara.

(Mutación.)

Cuadro II

Sala del Consejo, en el palacio del dux

ESCENA I

El DUX y los SENADORES sentados alrededor de una mesa. Guardias, etc. Después un mensajero

EL DUX Entre ellas, no concuerdan las noticias.
SENADOR 1 Dudosas yo también las considero
«Ciento siete navíos» en mis cartas
me anuncian.
EL DUX Leo aquí «ciento cuarenta»,
SENADOR 2 Yo aquí «doscientos». Mas si no coinciden
las cifras de las cartas, todas ellas
concuerdan en que avanza una gran flota
de turcos contra Chipre.
EL DUX Harto probable.
Y que entre sí discrepen los avisos
no calma mis temores, ya que todos
afirman lo que más me intranquiliza.
OFICIAL Llegan más nuevas.

(Entra un mensajero.)

MENSAJE. ¡Oh, nobles señores,
los otomanos que se dirigían
a la isla de Rodas, se han reunido
con fuerte escuadra de reserva!
SENADOR 1 Ciertos
mis temores resultan. Y la flota
¿a cuánto asciende?
MENSAJE. A unas treinta velas,
que virando de bordo se dirigen
a la isla de Chipre. El valeroso

Montano, tal aviso ahora os envía
suplicando confiéis en sus palabras.

EL DUX — No cabe duda, a Chipre se dirigen.
¿Marcòs Luquese está en Venecia?

SENADOR I — Se halla
en Florencia, señor.

EL DUX — Que se le escriba
que torne sin demora. No podemos
perder ni un solo instante.

SENADOR I — Ved; Brabancio
llega y con él, el valeroso moro.

ESCENA II

Dichos, BRABANCIO, OTELO, YAGO y RODRIGO, con su acompañamiento.

EL DUX — Valiente Otelo, vuestro brazo ahora
necesitamos para que rechace
al común enemigó.

(A Brabancio.)

Perdonadme,
señor; nos ha hecho falta aquí esta noche
vuestro auxilio y consejo.

BRABANCIO — Y a mí el vuestro.
Excusadme, oh alteza, si aquí llego,
y no me trae el bien común, ni el cargo
que ocupo, ni el aviso que enviasteis.
No me conmueve la desdicha patria
ya que mi propia angustia es tan violenta
cual catarata que en su irresistible
furor traga y asola el duelo ajeno.

EL DUX — ¿Qué os sucede?

BRABANCIO — Señor, mi hija querida...

EL DUX — ¿Ha muerto?

BRABANCIO — ¡Para mí! Me la han robado,
seducido con artes infernales;
que criatura en su razón, no puede
lanzarse a tal locura.

EL DUX — Al miserable,
que osó obrar de manera tan indigna

y os privó con sus mañas criminales
de vuestra hija, aplicaréis vos mismo
el texto de la ley que creáis justo.
No ha de librarse ni siendo hijo nuestro.

BRABANCIO Os doy gracias, señor. Ved el culpable:
Es el Moro, llamado por vosotros
para asuntos de Estado.

DUX Y SENADORES ¡Oh, lo sentimos!

EL DUX (A Otelo.)
¿Qué podéis alegar, en favor vuestro?

OTELO Poderosos, ilustres caballeros,
dueños míos: es cierto que he robado
la hija de este anciano, como es cierto
que la he tomado por esposa. Estos
son mis crímenes todos. Mi palabra
es ruda y desconozco los conceptos
galantes que la paz puede enseñarnos,
ya que estos brazos desde siete años
en las luchas placer tan sólo hallaron
y sólo sé decir del vasto mundo
de guerras y de azares belicosos.
Comprenderéis que ahora yo no pueda
abogar por mi causa; mas si atentos
me queréis escuchar, sin artificio
la historia os contaré de mis amores
y a la par os diré de qué conjuros
sortilegios y hechizos me he valido
(ya que de tales artes se me acusa)
para alcanzar el corazón que ansiaba.

BRABANCIO Mas yo insisto en afirmar que este hom-
[bre
se ha valido de filtros diabólicos
para alcanzar mi hija.

EL DUX No se prueba
un hecho semejante sosteniéndolo.
Testimonios más ciertos hacen falta.

SENADOR I (A Otelo.)
Hablad vos: ¿Por la fuerza, arteramente,
lograsteis el afecto de su hija
o con amantes súplicas y el trato
mutuo de vuestras almas?

OTELO — Os ruego, antes,
que alguno se dirija a la posada
del Sagitario, por la dama; que hable
ante su padre y si culpable entonces
me halláis, desposeedme de mi cargo,
pierda vuestra confianza y si es preciso
tomad, para pagar, la vida mía.

EL DUX — Que traigan a Desdémona

(Vanse varios oficiales.)

OTELO — Con ellos
id vos, alférez, ya que sabéis dónde
se halla. En tanto llega, cual mi culpa
veraz confieso al cielo, he de deciros
cómo alcancé su amor y cómo ella
se hizo dueña de mí.

EL DUX — Hablad, Otelo.

OTELO — Su padre bien me quiso y con frecuencia
me invitaba a su casa y me pedía,
que accediera a contar día por día
todos mis hechos. Mi guerrera ciencia,
los combates, los sitios, los peligros,
que he corrido en la tierra y en el mar
de las brechas el rudo batallar,
la esclavitud, entre los enemigos,
cómo me rescataron mis amigos,
de viajes remotos el azar,
de lóbregas cavernas clamorosas,
del monte altivo que hasta el cielo sube
y cuya frente oculta blanca nube,
del desierto las noches pavorosas.
Del caníbal terrible que devora
a su hermano... yo tuve que narrar
los festines. También tuve que hablar
de mi triste niñez hora tras hora...
Tales fueron los actos de que ahora,
ante vosotros puédenme acusar.
Desdémona me oía atentamente
y cuando su quehacer la reclamaba
al punto lo cumplía y retornaba
a escuchar mi relato ávidamente.
Yo lo noté y aprovechando un día
en que propicia la ocasión me fué,

accediendo a sus súplicas, narré
por completo mi larga romería
que por partes, acaso, ya sabía
y el llanto en sus mejillas contemplé.
De mi niñez al relatar la historia
lloró al oir un lance desgraciado,
con mil suspiros fuí recompensado,
y fueron hasta allí mi mayor gloria.
Es muy raro, muy raro, lo narrado
y muy triste, muy triste, murmuró,
añadiendo : ¿Por qué no me crió
hombre cual vos el cielo, aunque llagado,
mi corazón ahora habéis dejado
con tal relàto? Y luego prosiguió :
Si tenéis un amigo que me ame
y de mi amor desee tener prenda,
preciso es que vuestra historia aprenda.
De otra suerte, a mi pecho nunca llame.
Entonces hablé yo. Ya no podía
mi pasión por más tiempo dominar.
Por mis desdichas vínome ella a amar,
yo porque vi cómo las condolía ;
esta ha sido mi sola hechicería.
Ella misma, lo puede atestiguar.

ESCENA III

Dichos, DESDÉMONA, YAGO y los oficiales

EL DUX Buen Brabancio, un relato como este
a mi hija también cautivaría ;
arreglad el asunto buenamente
y pensad que más vale rota espada
tener, antes que hallarse desarmado.

BRABANCIO Oídla ; os lo suplico. Si confiesa
que al amor de este hombre corresponde,
maldito sea yo si la dirijo
un reproche.

(A Desdémona.)

Llega, hija mía, y dinos :
de todos los que aquí se hallan presentes

¿a quién debes respeto en primer térmi-
[no?

DESDÉM. ¡Oh noble padre! Se hallan divididos
mis deberes ahora. A vos, os debo
vida y educación y ambas me ordenan
que por mi dueño os tenga. Vuestra hija
yo soy; mas ved mi esposo y recordaos
que mi madre por vos abandonaba
a su padre y así también yo debo
mostrar mi sumisión al dueño mío.

BRABANCIO ¡Dios te proteja! He terminado.
(Al dux.) Alteza,
podemos ocuparnos del Estado.
Mas vale adoptar hijos a tenerlos.
Aproximáos, Moro; yo os la entrego
con el alma por más que ésta quisiera
rescatarla, si ya no fuera vuestra.

EL DUX Dejadme hablar a mí. El lamentarse
de un mal que ya pasó, es aumentarlo.

BRABANCIO (Irónico.)
Así pues, gane a Chipre el otomano,
que no lo perderemos si nos queda
para reir espacio. Más os ruego
que hablemos de los públicos negocios.

EL DUX El Turco, con armada formidable,
se dirige hacia Chipre. Vos, Otelo,
conocéis los recursos de la plaza
y aunque en ella tenemos otro jefe
de probada pericia, a vos os nombra
la pública opinión, guía suprema
de toda causa, como el jefe único
que ha de salvar la isla. Por lo tanto
ha de satisfaceros que ahora empañe
vuestro reciente triunfo, nueva empresa
llena de sinsabores y peligros.

OTELO La costumbre despótica, señores,
me hace hallar en el lecho de campaña,
áspero y duro, la molicie suave
de colchones de pluma. Es mi deleite
la lucha y de esta guerra yo me encargo.
Mas al cumplir vuestra orden, os suplico
humildemente que sobre mi esposa

veléis, y concedáis lo necesario
que corresponda a su elevada estirpe.

EL DUX La casa de su padre si os parece...

BRABANCIO No la acepto.

OTELO Ni yo.

DESDÉM. Ni yo tampoco.
Mi presencia, a mi padre, puede acaso
parecer importuna. Así, os suplico
señor, que deis oídos a mis ruegos.
Para seguir su suerte amé yo al Moro,
que ya bien claramente lo demuestra
mi voluntad y mi tenaz desprecio
del porvenir. Yo consagré mi alma
a su gloria y a su valor, y os pido
que si parte ahora Otelo, no me priven
de seguirle, que en caso tal, sobraran
todas las causas de mi amor.

OTELO Alteza,
os suplico que la dejéis que obre
según su voluntad.

EL DUX Como os parezca.

SENADOR I Partiréis esta noche.

OTELO Con el alma.

EL DUX Dejad un oficial que nuestras órdenes
pueda llevaros, como lo adecuado
a vuestro rango y posición.

OTELO Mi alférez,
tan noble como honrado, a quien encargo
que conduzca mi esposa.

EL DUX (Levantándose.) Yo os saludo.
en tal caso, señores.

SENADOR I (Levantándose también como los otros.)
Adiós, Moro;
tratad bien a Desdémona.

BRABANCIO (A Otelo.) Cuidado
con ella, que la que engañó a su padre
puede un día engañar a su marido.
(Vanse el dux, Brabancio, los senadores y el séquito.)

OTELO ¡Mi vida por su fe! Ven, oh, Desdémona,
que para hablar de amores, una hora
sólo nos dan y raudo el tiempo vuela.

(Vanse los dos abrazados, quedando sólo en la escena Yago.)

YAGO (Después de una pausa en que los ha estado observando hasta que han desaparecido.)

Odio al Moro. Murmuran que mi sitio
ocupó entre las sábanas : no quiero
averiguarlo, basta la sospecha.
Me distingue y me honra, cosa fácil
es así dominarlo. Es franco Otelo
y sin malicia ; cree que los hombres
son honrados, no más si lo parecen
Se dejará llevar por el cabestro
como un jumento.
(Con alegría.) Hallé lo que buscaba.
¡ Surja este monstruo, aborto del infierno
y se inunde en la clara luz del día !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El puerto de la isla de Chipre. A la derecha, el palacio de Otelo, gobernador de la isla. A la izquierda, una taberna.

ESCENA PRIMERA

MONTANO y OFICIALES; después CASIO

OFICIAL 1 No se recuerda en Chipre una tormenta
como la de esta tarde. Embravecidas
las olas se elevaban hasta el cielo
bramando como fieras enceladas.

MONTANO Habrá tragado el mar la flota turca
si asilo hallar no pudo en una rada.
Ni una vela distínguese a lo lejos.

OFICIAL 3 (Apareciendo.)
¡Nuevas, señores, de la guerra! El turco
renuncia a sus propósitos. Maltrechas
sus naves han huído dispersadas.

MONTANO ¿Quién la noticia os dió?

OFICIAL 3 A nuestro puerto
ha llegado una nave veneciana
que presenció el desastre. Vino en ella
Casio, el teniente del bizarro Otelo
nombrado a gobernar la isla de Chipre.

MONTANO Justo es el nombramiento. Al noble Otelo
he servido y es bravo, bueno y justo.

CASIO (Apareciendo.)
Gracias a los valientes que así ensalzan
al general Otelo, que muy pronto

quiera el cielo se encuentre entre nosotros.

OFICIAL 2 ¿Qué ruido es ese?

OFICIAL 3 (Entrando.) ¿No sabéis la nueva?
El gentío hacia el puerto se dirige
que un nuevo buque de llegar acaba.

CASIO El de Otelo será. . (Salva de artillería.)
(A Montano.) Corred amigos
y averiguad si es él quien ha llegado.
(Salen dos oficiales.)

MONTANO Decidme, ¿está casado el noble Otelo?

CASIO Sí, ciertamente, y es la más divina
mujer que vi jamás su dulce esposa.

OFICIAL 1 (Apareciendo.)
Llegó el gobernador. Yago, su alférez
desembarcó primero conduciendo
a la bella Desdémona...

CASIO (A Montano.) La esposa
de nuestro general.

OFICIAL 3 Aquí se acercan.

ESCENA II

Dichos, DESDÉMONA, YAGO, EMILIA, RODRIGO y criados

CASIO Bienvenida seáis, noble señora,
y que el cielo os conceda tantas dichas
como vos merecéis.

DESDÉM. Gracias, oh Casio.

CASIO Salud, alférez Yago.
¿Y vos, señora?
(A Emilia, abrazándola.)
Perdonad que así abrace a vuestra esposa

YAGO No me duele, al contrario, y aseguro
que si a vos prodigara los abrazos
como a mí los discursos enojosos
compasión y no envidia a fe os tuviera.

DESDÉM. ¡Oh qué calumniador! ¡Si apenas habla!

YAGO Con vos señora, pero no conmigo.

EMILIA Me injuriáis sin razón, injustamente.

YAGO ¿Cuándo fué injuria la verdad, señora?
Sois como en general son las mujeres,
hermosas en la calle y a distancia,
en un salón alegres cascabeles,
en el hogar, al lado del esposo,
como gatos salvajes peligrosas,

ángeles si injuriáis y endemoniadas
si no os dan la razón... Vuélvame turco
si hay exageración en lo que digo.

DESDÉM. Sois terrible, señor... Líbreme el cielo
de encargaros mi elogio...

YAGO Tal encargo
cumpliría muy mal... Soy torpe en ello,
pues criticar tan sólo sé.

DESDÉM. Probemos;
vuestro ingenio ha de hallar una alabanza
y la quiero escuchar de vuestros labios.
Vuestra opinión decid de las mujeres.

YAGO Un momento, señora. En ello pienso,
por más que cueste pergeñarlo. Oídme:
Tiene lo que le hace falta
si es mujer bella y discreta:
para el goce, entendimiento;
para el placer, su belleza.

DESDÉM. ¡Digno elogio! ¿Y si es fea y juiciosa?

YAGO No ha de faltarle la maña
si es aguda, aunque sea negra,
que basta para los hombres
hallar discreción en ella.

DESDÉM. Eso es peor. ¿Y si es hermosa y tonta?

YAGO Si es hermosa, considero
que ya no puede ser necia;
y si lo es, ha de valerle
para tener descendencia.

DESDÉM. ¿Y si además de tonta no es hermosa?

YAGO No sé decir de ninguna
por fea y tonta que sea,
que no tenga tantas mañas
como una hermosa discreta.

DESDÉM. ¡Funesto error! A la que no merece
vuestros elogios, prodigáis loores.
¿Qué diríais de aquella que reune
todas las cualidades más excelsas
y a la que hasta sus mismos detractores,
no mencionan si no es para alabarla?

YAGO Aquella que siendo hermosa
siempre fué aguda y discreta,

que pudiendo hablar se calla
y no ostenta su riqueza.
Aquella que a sus antojos
sabe poner continencia,
la que detiene sus odios
y perdona las ofensas,
que hace caudal de seguros
y el bien incierto desprecia,
la que a callar se decide
y se guarda lo que piensa,
la que nunca vuelve el rostro
al halago que la asedia...
Si tal mujer se encontrara...

DESDÉM. Decidme: ¿de qué os sirviera?

YAGO O de nodriza de idiotas
o de moza de taberna.

DESDÉM. Más no quiero escucharos; sois injusto
con la mujer. No le hagáis caso, Emilia.
Mal consejero sois ¿no es verdad, Casio?

CASIO Ciertamente, señora. Siempre Yago
fué excelente soldado y mal poeta.

(Dirígense hacia el fondo. Casio ofrece la mano a Desdémona, acompañándola.)

YAGO Desdichado galán. Tu cortesía
le sirve a maravilla a mis intentos.
Besas sus manos que tus galanteos
las redes han de ser para envolverte.
(Suena el clarín.)
Se acerca el Moro ya...
Suenan clarines.

DESDÉM. Es Otelo, mi esposo.

CASIO Ved, ya llega.

ESCENA II

Dichos, OTELO y su séquito

OTELO ¡Oh, mi bella Desdémona!

DESDÉM. ¡Mi Otelo!

OTELO ¡Cuánta dicha al hallarnos nuevamente!
Bendita la tormenta si tras ella

eres tú, dulce imagen de bonanza,
mensajero de calma y de ventura.
Soy feliz, tan feliz que si hoy muriera
la muerte para mí el cielo sería.

DESDÉM. ¿Por qué hablas de morir, esposo mío
cuando el amor nos junta y nos sonríe?

OTELO Mi adorada Desdémona, los cielos
al escucharte nuestro amor bendigan.
Un beso, amada mía. Juntos siempre
han de latir de amor los corazones.
(Abrazándola.)

YAGO (¡ Qué concierto ejemplar de enamorados !
Por mi fe de hombre honrado yo te juro
que aflojaré las cuerdas que producen
esa bella y dulcísima armonía.)

OTELO Ven, Desdémona. Vamos al palacio.
Amigos míos terminó la guerra ;
la flota turca pereció en la empresa
y sus naves huyeron dispersadas...
Serás feliz, esposa mía, en Chipre.
(Salen Otelo, Desdémona y el séquito.)

ESCENA IV

Dichos y RODRIGO

YAGO (A Rodrigo.)
Acércate, Rodrigo ; pronto a prueba
te he de poner si eres valiente. Escucha.
Esta noche el teniente está de guardia
tú velarás también, que te interesa,
pues temo en gran manera que Desdémo-
se enamoró de Casio... [na

RODRIGO ¡ Es imposible !

YAGO Imposible ¿por qué? ¿acaso ignoras
con cuánto ardor se enamoró del Moro
oyendo sus fantásticas patrañas?
¿Y crees, infeliz, que eternamente
ella estará pendiente de sus labios
sin apartar los ojos de ese monstrúo
y sin buscar recreo a sus miradas?

Templó su sangre del amor el goce,
mas inflamóse pronto nuevamente
al darse cuenta de su torpe engaño
detestando al que amó. Naturaleza
es veleidosa en la mujer y Otelo
se vé ya abandonado. Casio apuesto,
sutil, amable, diestro, afortunado,
ha de ver satisfechos sus deseos.
Se fijó esa mujer en su apostura,
escuchó sus palabras amorosas
y es ladino el mancebo y peligroso...
y esquivo no se muestra a la fortuna.

RODRIGO Es Desdémona bella, mas virtuosa;
no es posible que a Casio corresponda.

YAGO ¿Virtuosa? ¡Quimera! ¡Como todas!
Es de uvas el vino que ella bebe.
¿De Otelo no mostróse apasionada
su virtud celestial? ¿No contemplaste
con qué placer sus manos temblorosas
las de Casio estrechaban?

RODRIGO Cortesía
parecióme no más.

YAGO Pues yo te juro,
incrédulo Rodrigo, que el prefacio
de la historia será de sus amores.
He visto que sus labios se acercaban
confundiendo el aliento, que en sus ojos
brillaba la pasión y que sus manos
se estrechaban temblando dulcemente
Deja que te dirija; mis consejos
sigue sin vacilar. Vela esta noche.
Casio no te conoce. Algún pretexto
busca para irritarle; nada temas
que yo no estaré lejos.

RODRIGO Sí, mas Casio...

YAGO Es violento y colérico. Le insultas
y de mi cuenta corre que el tumulto
alarme a la ciudad. El Moro entonces
al saber lo ocurrido por mí mismo
decretará la pérdida de Casio.
Libre del importuno, te aseguro
que nada se opondrá ya a tus designios

y con su ausencia te hallarás bien pronto
más cerca del amor por que suspiras.

RODRIGO — Así lo haré, si la ocasión me ampara.

YAGO — Separémonos ya, que alguien se acerca.
(Vase Rodrigo.)
Ama Casio a Desdémona, no hay duda,
y por ella es quizás correspondido.
Del noble corazón del bravo Otelo
todo amor y ternura por su esposa
la paz he de turbar y al mismo tiempo
al saciar mi rencor y mi venganza
lograré su confianza y sus favores.

ESCENA IV

Dicho y un HERALDO, seguido de caballeros y gentes de armas. Luego CASIO.

HERALDO — (Leyendo una proclama.)
«Es voluntad del general Otelo,
que el triunfo alcanzado contra el turco,
se celebre con bailes y con fiestas,
permitiendo que abiertos esta noche
estén los sitios públicos y gocen
de entera libertad todas las gentes,
festejando también hoy su himeneo.
Proteja el cielo a nuestra heroica villa
y a nuestro digno general Otelo.»
(Vase el heraldo.)

YAGO — (Se ha retirado junto a la puerta de la taberna con Montano y otros. A Casio, que aparece.)
Bienvenido, teniente. Permitidme
apurar una jarra de este vino,
brindando a la salud del bravo Otelo
y de su esposa la sin par Desdémona.

CASIO — Gracias, alférez Yago... Mas muy débil
siempre fué mi cabeza para el vino.

YAGO — Nada temáis; el mío es excelente
y a la gloria de Otelo brindaremos;
negaros no podéis.

CASIO — Consiento en ello,

	mas bebí hace poco y trastornado
	me encuentro ya.
MONTANO	Sentaos, mi teniente.
YAGO	(Escancia el vino a Casio. Brindando.)
	Por la bella Desdémona, de Otelo
	la enamorada y la feliz esposa.
CASIO	Por ella, que es la dama más perfecta.
YAGO	Por sus ojos, que abrasan como el fuego;
	por su voz, que despierta los amores.
CASIO	Son sus ojos de fuego; pero en ellos,
	más que amor, resplandece la modestia.
YAGO	Brindemos por Otelo, y quiera el cielo
	que en brazos de su esposa, la ventura
	en su casa se hospede eternamente.
	(Brindan todos.)
	Otra jarra, teniente...
CASIO	Gracias, Yago.
YAGO	Un cuartillo no más... Oíd la copla.
	Choquemos nuestros vasos,
	brindemos a compás;
	la vida del soldado
	fugaz ha de pasar.
	La muerte nos acecha,
	cercana está quizás;
	¡el vino nos aliente
	si pronto ha de llegar!...
CASIO	Me place la canción.
MONTANO	A fe que es linda.
YAGO	La aprendí en Inglaterra, que es el pueblo
	donde se bebe más... Son los tudescos,
	flamencos y holandeses, gente parca,
	comparados con él...
MONTANO	¡Bendito pueblo!
CASIO	(Bebiendo.)
	¡A la salud del general, señores!...
YAGO	¡Con mil amores!... ¡Oh, brava Inglaterra!
	(Recitando.)
	Era un príncipe, Esteban, bravo y noble,
	por sus calzas al sastre dió un doblón
	y convencido de pagar el doble,
	a grandes gritos le llamó ladrón.
	Fué el mozo Esteban un galán famoso,

y tú a su lado un necio sin valer;
la soberbia derriba a un poderoso,
más nunca al hombre fuerte en el beber.

CASIO Más que la otra esta canción me gusta.

YAGO ¿Queréis que la repita?

CASIO No; pues creo
indigno de sí mismo a quien tal hace.
(Casio demuestra en su hablar desordenado, los efectos del vino.)
Dios sobre todo; bien está. Hay almas
que alcanzarán la salvación eterna,
y otras que no es posible que la logren.

YAGO Tenéis razón, amigo.

CASIO Por mi parte
no falto al general ni a ningún hombre
de valía, y así, espero salvarme.

YAGO Yo también, mi teniente.

CASIO Sí, lo creo.
Mas con permiso, que no ha de ser antes
que yo, ya que el teniente ha precedido
siempre al alférez. Bah, dejemos esto
y a nuestra obligación. Eh, caballeros,
no vayáis a creer que yo estoy ebrio.
Este mi alférez es; esta es mi mano
derecha, esta mi izquierda. No, beodo
no estoy, me aguanto firme y claramente
me explico.

TODOS Sí, muy bien.

CASIO En este caso,
todo va como debe.
(Marchándose.) Caballeros,
no os creáis, no os creáis que estoy borra-
(Vase.) [cho.

MONTANO Vamos a la explanada a dar la guardia.

YAGO ¿Veis ese mozo que se aleja? César
una legión le hubiera confiado,
más le domina el vicio, y maravilla
es que éste se equilibre con sus dones,
de igual manera que en el equinoccio
la duración del día y de la noche.
Es un pesar, pues sin querer, podría
turbar la paz de Chipre en ese estado,

ya que Otelo entera su confianza
ha puesto en él.

MONTANO — Bebe muy a menudo.

YAGO — La bebida es preludio de su sueño,
pues vería la aguja del cuadrante
girar dos veces, si su lecho acaso
no se meciera en rojo mar de vino.

MONTANO — El general debiera no ignorarlo,
¿o es que aprecia de Casio las virtudes,
y a sus faltas los ojos cierra?

YAGO — (A Rodrigo, que se le acerca.) (Dime,
¿qué sucede, Rodrigo? Anda, sigue
al teniente.) (Vase Rodrigo.)

MONTANO — Es lástima que Otelo
confíe a un hombre, al que domina un vi-
tan incurable, plaza cual la suya. [cio
Es preciso que llegue a los oídos
del Moro, la verdad.

YAGO — Yo, por mi parte,
me guardaré de hacerlo. Aprecio a Casio
y para corregirle, un sacrificio
hiciera de buen grado... Más decidme,
esos gritos, ¿qué son?

VOCES — (Dentro.) ¡ Favor ! ¡ Socorro !

ESCENA V

CASIO, persiguiendo a RODRIGO.

CASIO — ¡ Infame ! ¡ Miserable !

MONTANO — Mi teniente ;
¿qué ha sucedido?

CASIO — ¡ Que ese vil canalla,
de mi deber lecciones quiere darme !...
He de quebrar los huesos al bergante.

RODRIGO — ¿Pegarme a mí?

CASIO — ¿Aún a chistar te atreves?

MONTANO — (Deteniéndole.)
Deteneos, teniente, yo os lo ruego.

CASIO — Dejadme estar, si no queréis que os llegue
a vos la vez también.

MONTANO Estáis beodo.
CASIO ¿Beodo yo? (Riñen.)
YAGO (A Rodrigo.) (Véte; toca a rebato.)
(Rodrigo se va.)
Teniente, caballero, deteneos.
¡Por favor! Vos, señor... Oíd, Montano.
¡Buena la guardia está! (Suena la campana.)
Pero, ¿quién toca
la campana? Ved que vendrá la gente.
¡Por el cielo os lo ruego! ¡Calma, Casio,
o quedaréis sin honra para siempre!

ESCENA VI

Dichos y OTELO, que aparece por la puerta del castillo, con su acompañamiento.

OTELO ¿Qué es lo que pasa aquí?
MONTANO ¡Mi sangre corre!
¡De muerte estoy herido!
OTELO Basta, he dicho.
YAGO ¡Teneos! Vos, teniente y vos, Montano,
¿olvidáis el lugar, vuestros deberes?
¡Qué ignominia! El general os habla.
OTELO ¿Cuál es la causa que os movió a la lucha?
¿Somos acaso turcos? ¿Nos tratamos
como Dios a ellos mismos les prohibe?
Por Cristo, suspended vuestras querellas.
El que adelante un paso, por su vida
tiemble, ya que le mato si se mueve.
Haced que cese el son de esa campana
que difunde el espanto por la isla,
y decidme qué pasa. Honrado Yago,
tú que pareces de mortal tristeza
afligido, por tu amistad, te ruego
que los motivos digas de la lucha.
YAGO Ah, lo ignoro. Se hallaban como amigos
hace un momento, y repentinamente,
como bajo el influjo de una adversa
estrella, blanden ciegos los aceros.

No comprendo el motivo de una riña así.

OTELO (A Casio.) ¿Cómo pudisteis olvidaros de vos, oh, Casio?

CASIO (Avergonzado.) Perdonad, no puedo hablar.

OTELO ¿Y vos, Montano, cuyo porte
digno, a pesar de vuestros cortos años
el mundo celebraba? ¿Vos, que siempre
fuisteis ejemplo de los buenos? Pronto,
decid ¿qué es lo que os lanza a despojaros
de tal reputación, logrando, en cambio,
nombre de camorrista callejero?
Hablad.

MONTANO Estoy herido. Del suceso
Yago os dará noticia. El sufrimiento
me corta las palabras. Ni mis hechos
ni lo que dije pueden acusarme,
a no ser que punible el defenderse
halléis.

OTELO ¡Viven los cielos! Ya mi sangre
ahuyenta sus mejores consejeros
y la pasión pretende ser mi guía.
Si contenerme ahora yo no logro
y la mano levanto, de mis iras
el peso sentiréis. Es necesario
averiguar la causa del tumulto,
por quién fué provocado y el culpable
aunque fuese mi hermano, de mi afecto
he de privarle. Ni que acaso el juicio
perdiera todo el mundo por el miedo,
en el recinto de una fortaleza
sería disculpable armar quimera.
Narra lo sucedido, Yago.

MONTANO (A Yago.) Oídme:
si porque sois su amigo y compañero
faltáis a la verdad, un buen soldado
no sois.

YAGO Dejadme en paz. Preferiría,
antes que causar mal a Casio, verme
con la lengua arrancada; mas presumo
que al decir la verdad no he dañarle.

Escuchad, general: Aquí me hallaba
hablando con Montano, cuando llega
uno, pidiendo auxilio, perseguido
por el teniente. El buen Montano entonces
quiere calmar a Casio, yo me lanzo
en seguimiento del que dió las voces,
temiendo que sus gritos despertaran
a las gentes, mas rápido se escurre
y me desaparece. Torno aprisa,
ya que oía el chocar de los aceros,
y cuando llego, veo enfurecidos
a Montano y a Casio acometiéndose,
como vos los hallasteis... Nada puedo
añadir a lo dicho. Son los hombres
mortales, y por ello a errar propicios.
Sin duda del que huía, grave ofensa
hirió al teniente y soportar no pudo
el ultraje.

OTELO — Conozco tu nobleza,
honrado Yago, y paliar pretendes
lo sucedido. (Dirigiéndose a Casio.)
Casio, aunque os aprecio,
de mi servicio debo separaros.
Lo sucedido servirá de ejemplo
y escarmiento. (Aparecen Desdémona y Emilia.)

DESDÉM. — ¿Qué pasa?

OTELO — Nada, nada.
(A Montano.)
Vuestras heridas curaré yo mismo.
Tú, la ciudad entera ronda, Yago
y tranquiliza el ánimo de todos.
No me place que asuntos como este
turben tu dulce paz, esposa mía,
aunque ellos son achaques de mi vida.

(Montano, Otelo y servidumbre, vanse. Sólo permanecen en escena, Casio, abatido profundamente, Yago, que se le acerca, Desdémona y Emilia.)

ESCENA VII

CASIO, YAGO, DESDÉMONA y EMILIA.

YAGO (A Casio.)
Teniente, ¿estáis herido?

CASIO Sí, de muerte.

YAGO ¡No lo permita Dios!

CASIO (Desesperado.) ¡Mi honor! ¡Mi nombre!
¡Mi fama!... Todo, todo lo he perdido,
y sólo me ha quedado vil escoria.
¡Mi honor, Yago, mi honor!...

YAGO ¡Bah!... Convencido
estaba yo de que os habían causado
una herida en el cuerpo. Con frecuencia
la fama, honor y nombre, son sutiles
añagazas a veces obtenidas
sin merecerlas. ¡Vamos! Medios sobran
para alcanzar del general la gracia.

CASIO Si me acerco a pedirle que de nuevo
me reponga en mi cargo, ha de decirme
que un beodo yo soy. ¡Maldito vino!...

DESDÉM. (Acercándose a él.)
No os apenéis, buen Casio. Yo os prometo
interceder por vos con mi marido.
(Yago entra en el castillo.)

EMILIA Os lo ruego, señora. Este suceso,
como si fuera una desdicha propia
ha entristecido a Yago.

DESDÉM. Os lo aseguro
Casio. Yo he de lograr que vos y Otelo
tornéis a ser amigos como siempre.

CASIO Noble señora. Pase lo que pase
siempre vuestro seré. Mas mis temores
me inducen a creer que reemplazado
y ausente, mis afectos y servicios
olvide el general. (Yago aparece en la ventana.)

DESDÉM. No temáis nada;
yo os afirmo que alcanzaréis de nuevo
el grado que perdisteis; siempre cumplo
aquello que prometo. De mi Otelo

turbaré yo el reposo; ni un instante
le dejaré tranquilo, importunándole.
Su lecho será púlpito, su mesa
confesionario; siempre a todo cuanto
intente yo opondré el nombre de Casio.

(Aparece Otelo en la ventana.)

Y alegraos por fin, pues ya tan sólo
la protección que ahora yo os ofrezco,
puede haceros perder la dura muerte...

CASIO (Retirándose, después de besarle la mano.)
¡Dios os guarde, señora, Dios os guarde!
(Desdémona y Emilia entran en el castillo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una sala en el palacio de Otelo, en Chipre.

ESCENA PRIMERA

OTELO y YAGO. Están mirando por una ventana que está a la izquierda y que se supone abierta sobre la plaza del acto anterior.

YAGO ¡Ah! No me gusta esto.

OTELO ¡Eh! ¿qué dices?

YAGO Nada, señor; ni yo sabría decirlo.

OTELO ¿No es Casio, ese que ahora se despide de mi esposa?

YAGO Señor, no lo parece, pues al veros salir se ha retirado procurando ocultarse.

OTELO No, no hay duda; era él.

ESCENA II

Dichos, DESDÉMONA y EMILIA

DESDÉM. ¿Aquí estás, señor? Hablaba con pretendiente humilde, que no puede soportar tu rigor.

OTELO ¿De quién me hablas?

DESDÉM. De Casio, tu teniente, señor mío. Si algún poder ejerzo yo en tu ánimo

sus excusas has de aceptar ; te ama
sinceramente, y si obró mal es fruto
de imprevisión más que de mala índole.
No sé juzgar la faz del hombre honrado,
mas perdónalo.

OTELO — Dime, ahora mismo,
¿no te dejó?

DESDÉM. — ¡Oh ! sí y tan abatido,
que su dolor me llena de tristeza.
Debieras reponerlo, amado Otelo.

OTELO — Hoy no, más adelante, esposa mía.

DESDÉM. — ¿Será pronto?

OTELO — Sí, sí.

DESDÉM. — ¿Cuando cenemos?

OTELO — Aun no.

DESDÉM. — Así, mañana, al mediodía.

OTELO — No comeré contigo, que a esa hora,
junta en la ciudadela hay de oficiales.

DESDÉM. — Pues mañana a la noche a bien el martes
temprano, al mediodía o por la noche,
o cuanto más el miércoles ; mas antes
de que trascurran los tres días. Fija
tú mismo el plazo ; puedo asegurarte
que se halla arrepentido y no es su falta
tan grave que no pueda perdonarse.
¿Lo harás presto? Responde. No concibo,
que algo puedas pedirme y al instante
no te conceda sin dudar. Recuerda
que te prestó su apoyo en tus amores,
que si yo por azar te censuraba
salía en tu defensa. ¡ Que me cueste
tantos ruegos lograr su perdón !...

OTELO — Basta.
Que torne cuando quiera ; yo no puedo
negarte nada, nada.

DESDÉM. — ¡ Me lo dices
de tal manera ! Si algún día quiero
una gracia para poner a prueba
tu amor, he de pedírtela que sea
tan llena de peligros y de obstáculos
que sin temor no puedas otorgármela

OTELO — Nada puedo negarte ; mas te ruego

que un instante me dejes.

DESDÉM. Dueño mío, adiós.

OTELO Adiós, Desdémona. Un momento no más.

DESDÉM. Vamos, Emilia. Como quieras; es mi deber tan sólo obedecerte.

(Vanse Desdémona y Emilia.)

ESCENA III

OTELO y YAGO

OTELO ¡Oh mujer celestial! Que no me alcance la eterna salvación si no te amo. Retorne al caos si dejo de adorarte.

(Una pausa.)

YAGO Noble señor...

OTELO Dime, ¿qué quieres, Yago?

YAGO ¿Cuando vos pretendíais a mi dueña, vuestra pasión sabía Miguel Casio?

OTELO Nada ignoraba. Mas ¿por qué lo dices?

YAGO Para satisfacer a mi conciencia.

OTELO ¿A tu conciencia, Yago?

YAGO No sabía que ya se conocieran.

OTELO Con frecuencia fué nuestro mediador.

YAGO ¿De veras?...

OTELO Cierto, sí, sí; de veras. Dime ¿qué hay en ello? ¿No es un mancebo honrado?

YAGO ¿Honrado?...

OTELO (Afirmando.) ¡Honrado! Lo es ciertamente.

YAGO No... yo no lo dudo.

OTELO Dime, ¿qué piensas de él?

YAGO ¡Oh!... pienso, pienso...

OTELO (Frenético.) Pienso... pienso... ¡Por Dios! Parece mi eco.

Como si se escondiera en su cerebro,
un monstruo que no puede a luz mostrar-
[se.
Algo me dejas comprender. No hace
un momento que oí cómo decías:
«¡ Ah, no me gusta esto !» al despedirse
el teniente de mi mujer. Di, pronto,
¿qué es lo que no te gusta? Y cuando dije
que confidente fué de mis amores
«¿De veras?» exclamaste con el ceño
fruncido, cual si dentro tu cerebro
una imagen horrible comprimieras.
Si me tienes afecto, no me ocultes
nada; háblame claro, sin rodeos.

YAGO Sabéis, señor, que os quiero.

OTELO No lo dudo.
y por lo mismo, viendo que me quieres,
tus reticencias de temor me llenan.
Entre gente traidora son indicios
usuales; mas en labios de hombre recto
denotan que su pecho está agitado
por sentimiento oculto que no puede
contener.

YAGO Yo no dudo y juraría
que Casio es hombre honrado.

OTELO Así lo creo.

YAGO Los hombres han de ser lo que parecen,
y si no más valiera que no fueran
hombres.

OTELO Sí, deben ser lo que aparentan.

YAGO Por eso estimo a Casio como un noble
de recto proceder.

OTELO En lo que dices
algo adivino oculto. Háblame claro
y expresa tus ideas más horribles
con las palabras que halles más odiosas.

YAGO Perdonadme, señor. Ya sé que os debo
lealtad absoluta; mas que llegue
hasta obligarme a hacer un sacrificio
que no puede imponerse ni a un esclavo,
no lo creo. ¿Decir mis pensamientos?...
¿Suponer que son falsos?...¿En qué alma

no ha dejado su rastro la impureza?
¿Dónde hallaréis un pecho tan virtuoso,
que tribunal no sea una vez sola
donde luchen astucias y virtudes?

OTELO — Intentando ocultar tus pensamientos,
contra tu amigo Casio, ahora conspiras.

YAGO — Pueden ser mis juicios prematuros,
pues tengo el vicio de que siempre pienso
lo peor y mi desconfianza puede
las faltas inventar que no existieron.
Deciros francamente lo que pienso
a vuestra paz quizás no conviniera,
y menos a mi honor ni a mis deberes.

OTELO — ¡Oh! ¿qué quieres decir?

YAGO — Señor, la fama
en la mujer lo mismo que en el hombre
es el mayor tesoro. El que me roba
mi bolsa, sólo adquiere un vil despojo
porque hoy es mía y mañana es de otros.
Mas aquel que me roba mi buen nombre
me quita lo que a él no le enriquece
y a mí me sume en la mayor miseria.

OTELO — ¡Por Dios, que he de saber tus pensa-
[mientos!

YAGO — No podríais, señor, aunque tuvieseis
mi corazón guardado en vuestras manos
y menos cuando aún yo soy dueño.

OTELO — ¡Ah!

YAGO — De los celos defendeos, de ese
monstruo de turbios ojos que devora
el alimento que engendró. Dichoso
el engañado que no desconoce
su suerte y vive odiando al miserable
causa de su infortunio. Mas las horas
sólo tormento son para el cuitado
que adorando le roe amarga duda.

OTELO — ¡Ay de mí!

YAGO — Rico es aquel que vive
contento en su miseria, y la opulencia
es un castigo para aquel que teme
tornarse pobre. Dios os guarde ahora
del terrible tormento de los celos.

OTELO ¿Por quién hablas así? ¿Acaso crees
que viviría yo muerto de celos
y con nuevas sospechas cada instante?
No ; cuando yo conciba alguna duda
habré tomado decisión suprema.
Fuera entonces pacífico cordero
si mi alma alimentara con quimeras
como esas que trazaste hace un momento.
No tendré celos porque a mí me digan
que mi esposa es hermosa, gasta lujos,
y le complace el trato de las gentes ;
ni porque dance y cante diestramente.
Que cuando la mujer es virtuosa
su perfección adornan esas dotes.
Jamás cobijaré temor ni duda
de su fidelidad, porque me falte
a mí la gallardía, que ojos tiene
y me ha elegido. No, Yago, yo quiero
antes ver que dudar. Deseo sigan
las pruebas de la falta a mis recelos
y cuando esté probado, despojarme
del amor y los celos para siempre.

YAGO Me place que así sea. Desde ahora
podré sin inquietud manifestaros
todo el afecto y lealtad que os tengo.
No os hablaré de pruebas ; mas oídme :
A vuestra esposa vigilad y a Casio ;
proceded con prudencia. No quisiera
dejarles abusar de vuestro recto
y noble proceder. Conozco a fondo
la manera de obrar de mis paisanos.
En Venecia se deja que contemple
el cielo muchas veces, ciertas cosas
que al esposo se ocultan. La conciencia
más que para evitarlas, de instrumento
sirve para encubrirlas.

OTELO ¿Es posible?

YAGO A su padre engañó cuando os tomaba
por esposo. Temblaba al contemplaros
con mentido pavor, cuando os amaba
más locamente.

OTELO Sí, verdad tú dices.

YAGO La que tan joven supo ante los ojos
de su padre fingir, de tal manera
que él creía en hechizos...Mas ¿qué digo?
procedo indignamente y os suplico
perdonéis mis afectos excesivos.
OTELO Eternamente te estaré obligado.
YAGO Veo que mis palabras os conturban.
OTELO No tal, no tal.
YAGO Me había parecido...
Mas no deis importancia a lo que digo;
tiene sólo el alcance de sospechas...
OTELO No, no le doy...
YAGO Porque si no, a un extremo
que no quiero pensar conduciría.
Casio, señor... Os hallo conmovido...
OTELO Deja... No obstante creo que Desdémona
es honrada.
YAGO Siempre lo sea, y siempre
como tal la estiméis.
OTELO Mas tantas veces
el humano pensar es tornadizo...
YAGO Aquí está la cuestión: y francamente
rechazar como ha hecho tanto enlace
con gente de su patria igual en rango,
edad y posición... Todo ello indica
perturbación e inclinaciones raras.
Mas excusad, que no es precisamente
a ella a la que quiero referirme,
aunque accediendo a nuevas impresiones
caprichosas, cediera su juicio
y os comparara a vos con los galanes
de su país acaso arrepintiéndose
de su elección.
OTELO (Despidiéndole.) Adiós, Yago; si sabes
alguna cosa avísame y encarga
a tu mujer que observe.
YAGO El cielo os guarde.
(Va para salir.)
OTELO ¿Y por qué la he tomado por esposa?
Este hombre sabe más de lo que dice
y conoce los móviles humanos.

¿Quizá porque soy negro y mis costum-
[bres
cortesanas no son, o porque acaso
ya que joven no soy me traiciona?
Poco me importa, que si es cierto, debo
para consuelo de mi mal odiarla.
Maldito lazo, si por él podemos
decir que nuestras son estas criaturas
sin ser los dueños de sus apetitos.
Antes prefiero ser reptil inmundo
que ver a otro, señor de mis amores.
De sí se mofa el cielo si ella es falsa,
y no puedo, no puedo yo creerlo.

ESCENA IV

Dicho, DESDÉMONA y EMILIA

DESDÉM. ¡Otelo mío! ¿Qué te pasa? Aguardan
la comida y los nobles insulares
que invitaste.
OTELO Sí, culpa mía ha sido.
DESDÉM. Que voz tan débil. ¿No estás bueno?
OTELO Siento
fuerte dolor, aquí, sobre las sienes.
DESDÉM. Es de velar. Pronto estarás curado.
Te pondré mi pañuelo. En una hora
te pasará.
OTELO Es pequeño tu pañuelo.
(Lo aparta, dejándolo caer al suelo.)
No te importe mi mal. Vamos, te sigo.
DESDÉM. Cuánto me desconsuela ver que sufres.
(Se van Otelo y Desdémona.)

ESCENA V

EMILIA. Después YAGO

EMILIA Me complace encontrar este pañuelo,
es el primer recuerdo que Desdémona

recibió de su esposo. Muchas veces
mi marido pidióme que lo hurtara.
Ella mucho lo quiere ya que Otelo
la instó para que siempre lo llevara
consigo, para hablarle y darle besos.

(Entra Yago.)

YAGO ¿Qué haces aquí sola?

EMILIA No me riñas.
Tengo una cosa para ti.

YAGO ¡Valiente
cosa será!

EMILIA ¿De veras?

YAGO Una esposa
sin juicio como esta que poseo.

EMILIA ¿Esto sólo? Di, ¿cuánto me darías
por un pañuelo así?

YAGO ¿Por qué pañuelo?

EMILIA ¿Por qué pañuelo?... Por aquel que Otelo
de amor en prenda regaló a su esposa,
y que tú me pedías que robara.

YAGO ¿Se lo quitaste?

EMILIA No, se le ha caído.
Lo cogí aprovechando su descuido
y aquí está.

YAGO ¡Oh, mujer incomparable,
dámelo presto!

EMILIA Antes di qué intentas
hacer con él, ya que con tanto empeño
pretendiste alcanzarlo.

YAGO No te importa.

EMILIA Si no es para un objeto de importancia
devuélvemelo al instante. Mi señora,
loca se ha de tornar si no lo halla.

YAGO Guárdate que sospeche que tú has sido.
Ahora vete. (Vase Emilia.)
El Moro se transforma
con mi veneno. Son una ponzoña
terrible las sospechas, irritantes
al paladar primero, y como azufre
inflamado después dentro la sangre.

ESCENA VI

YAGO y OTELO

OTELO Serme traidora a mí, a mí...
YAGO Ya basta
general; no debéis pensar en ello.
OTELO Déjame, aparta. Que por ti yo ahora
estoy en el tormento. Juro al cielo
que es mejor el vivir siempre engañado
a sospechar.
YAGO Vamos, señor.
OTELO ¿Qué supe
de su impureza? Ayer tranquilamente
reposaba feliz y no veía
besos de Casio encima de sus labios,
que no es robado el hombre aquel que ig-
[nora
su desdicha.
YAGO Pesar me causa oiros.
OTELO Feliz sería si a la hueste toda
su belleza ofreciera; si a las turbas,
ignorándolo yo, diese su cuerpo.
Ya todo terminó, mas para siempre.
Adiós, oh dulce paz, tierna alegría;
adiós el resplandor de las marciales
galas y vastas guerras, que trocadas
en virtudes tornáis las ambiciones.
Adiós relinchador corcel, vibrante
clarín guerrero y atambor sonoro.
Adiós, real bandera, desplegada
al viento; adiós, cortejo esclarecido
de pompas y esplendores que acompañan
a la gloriosa lid. Adiós, vosotras,
oh máquinas mortíferas en cuyas
roncas gargantas pavoroso clama
el trueno, voz del prepotente Jove.
Para Otelo ya todo ha terminado.
YAGO ¿Es posible, señor?
OTELO Infame, pruebas,
pruebas de que me engaña, necesito

o por la salvación de mi alma, juro
que mejor te sería haber nacido
can miserable, que arrostrar mis iras.

YAGO ¿Así os tengo que ver?

OTELO Haz que lo toque
o pruébalo al instante sin que pueda
albergar una duda, o con la vida
lo pagarás.

YAGO ¡Señor!...

OTELO Si la calumnias
para darme tormento más no reces,
horrores sobre horrores precipita,
arranca llanto al cielo, al Universo
pasma, que no es posible ya que logres
acrecentar tu perdición eterna...

YAGO ¡Oh cielos, protegedme! ¿Sois un hom-
[bre,
tenéis alma y sentidos? ¡Dios os guíe!
No olvidaré vuestra lección, ni amigos
tendré jamás, ya que la amistad causa
es de ultrajes como este.

(Va para salir; Otelo le contiene.)

OTELO No, detente.
Por fuerza honrado eres.

YAGO ¡Oh!... discreto
debiera ser.

OTELO Tan pronto virtuosa
lo creo como no. Pienso que tú eres
honrado y al momento que me engañas.
¡Quiero pruebas!... Su nombre que era
[puro
como la luna, ahora ennegrecido
como mi rostro me parece. Pruebas,
pruebas, Dios mío, pronto...

YAGO ¿Deseáis pruebas?

OTELO No las deseo, las exijo.

YAGO ¿Y cómo?
Mas si basta señor a contentaros
presunciones o indicios que conducen
a la verdad, entonces tendréis pruebas
si por tales las aceptáis.

OTELO No tardes.

YAGO Prosigo pues : Hallábame acostado
anoche junto a Casio y no podía
el sueño conciliar ; dolor horrible
en el rostro impedíalo. Hay hombres,
que descubren soñando sus negocios
y Casio de estos es. Mientras soñaba
escuché que decía : «Mi Desdémona,
debemos ser prudentes», añadiendo
poco después : «Mi dulce amor, maldita
sea la suerte que te ha hecho esclava
del Moro».

OTELO ¡ Horror ! ¡ Horror !

YAGO Mas era un sueño.

OTELO Un sueño que revela un hecho cierto.
La despedazaré.

YAGO No, sed prudente.
Nada hemos visto. Aun puede ser honesta.
Mas decidme : ¿ella no poseía
un pañuelo, que vos le regalasteis,
cuyos bordados figuraban fresas?

OTELO Yo se lo di. Fué mi primer presente.

YAGO Lo ignoraba, señor. Mas hoy he visto
que Casio se pasaba por el rostro
uno por el estilo y juraría
que es el de vuestra esposa.

OTELO ¡ Ah, si lo fuera !

YAGO Si ese fuera u otro,
siempre prueba será para acusarla.

OTELO Tuviera el miserable diez mil vidas
no me bastaran para mi venganza.
Veo que todo es cierto. Escucha, Yago,
así mi amor al aire yo disperso.
(Suspira fuertemente.)
Ya se fué. De tus antros tenebrosos
venganza, ven ; el solio y la corona
que tenías amor dentro mi pecho
cede al odio. Dilátese mi seno
devorado por víboras hambrientas.

YAGO No, reportaos.

OTELO ¡ Sangre ! ¡ Sangre ! ¡ Sangre !

YAGO Sed prudente.

OTELO ¡Jamás, jamás, oh Yago!
(Se arrodilla.)
Así como las olas procelosas
y las frías corrientes del Euxino
sin detenerse avanzan con terrible
ímpetu y en el seno se despeñan
de la Prepóntida y del Helesponto,
así mis pensamientos sanguinarios
en rápida carrera se deslizan
y no refluirán a un vil afecto
hasta alcanzar una venganza inmensa.
Por el cielo inmutable ahora yo juro
la palabra cumplir que he pronunciado.

YAGO No os levantéis aún. (Se arrodilla.)
Por las eternas
luces del firmamento oíd: Por todos
los elementos que al entornó giran
oíd: Yago consagra aquí su mente,
manos y corazón, al ultrajado
Otelo, su señor. Por sanguinaria
empresa que le ordene, sus mandatos
acatará cumpliendo lo jurado.

OTELO Acepto tus ofertas con el alma,
y al instante a probar yo voy tu afecto.
Haz que me digan antes de tres días:
«Casio no existe».

YAGO ¿Lo queréis? ¡Pues sea!
Murió mi amigo, mas que viva ella.

OTELO ¿Ella? ¡Jamás! Maldita sea, maldita.
Ven, sígueme al instante, que deseo
imaginar contigo la manera
de hallar el fin a su infernal belleza.
(Salen.)

ESCENA VII

Aparecen DESDÉMONA y EMILIA. Después CASIO.

DESDÉM. Mas ¿dónde habré perdido yo el pañuelo?

EMILIA Señora, no lo sé.

DESDÉM. Mejor quisiera

haber perdido un bolso lleno de oro.
Fortuna es que mi señor Otelo
sea de alma leal e inaccesible
a los bajos recelos del celoso.

EMILIA ¿No lo es?

DESDÉM. ¡Qué ha de ser! El sol ardiente
de su país, le depuró la sangre
de estas pasiones.
(Entra Casio.) Bienvenido, Casio.
¿Qué novedad os trae?

CASIO Lo de siempre,
señora. Y os suplico humildemente
que vuestra intercesión logre que alcance
nuevamente el afecto del que quiero
con el alma.

DESDÉM. No es propicio el día
para mis peticiones, que mi esposo,
no es hoy mi esposo, y si cambiada viera
su faz como su genio, ni yo misma
le conociera ya. ¡Guárdeme el cielo!
que por vos he rogado lo indecible
y contra mí airado se ha revuelto.
Debéis tener paciencia. Cuanto pueda
haré por vos, y más de lo que osara
hacer para mí misma; estad seguro.
Volveré a hablarle. Retiraos, Casio.
Si le hallo propicio, yo de nuevo
renovaré mi pretensión y mucho
será que no lo alcance.

CASIO (Retirándose.) Os doy, señora,
mis más rendidas gracias.

DESDÉM. (A Emilia.) Son, sin duda,
los públicos negocios lo que turba
su ánimo. En tal caso, siempre ocurre
que la cólera encienden las más leves
pequeñeces, por más que preocupado
el hombre se halle por una alta empresa.

EMILIA El cielo quiera que acertéis, señora,
y que le preocupen los asuntos
del Estado y no vanas quimeras
de celos contra vos.

DESDÉM. Nunca yo he dado

motivo.

EMILIA — No se entiende de razones como estas quien los tiene. Si es celoso, lo es porque es celoso. Que los celos son monstruo horrible que a sí mismo engendra y de sí se alimenta.

DESDÉM. — Dios proteja el corazón de Otelo de tal monstruo.

EMILIA — ¡Así sea!

ESCENA VIII

Dichas y OTELO, seguido de YAGO.

DESDÉM. — (Adelantándose a su encuentro. Yago y Emilia permanecen en el fondo.) Señor, dime, ¿te encuentras mejor?

OTELO — Sí, dulce amiga. (¡Cuánto cuesta fingir!) ¿Y tú?

DESDÉM. — Yo, bien.

OTELO — ¡Dame la mano! ¡Qué mano tan suave! (Acariciándosela.)

DESDÉM. — No ha sufrido los rigores del tiempo ni las penas.

OTELO — Fecundidad indica y generoso corazón. Es ardiente, ardiente y suave. Exige menos libertad; ayunos y rezos; penitencias y piadosos ejercicios, que en ella hay un demonio propenso a sublevarse. Buena mano, mano franca...

DESDÉM. — Lo es, puedes decirlo, pues ella fué la que te entregó un día mi corazón.

OTELO — Es liberal. Un tiempo las manos regalaban corazones. Hoy no se pide tanto, basta sólo con las manos.

DESDÉM. — No entiendo lo que dices.

Cumple lo prometido.

OTELO Dueña mía,
¿qué es lo que prometí?

DESDÉM. He dicho a Casio
que venga para hablarte.

OTELO Me atormentan
fuertes dolores. Dame tu pañuelo.

DESDÉM. Toma, señor.

OTELO No, el otro; aquel que un día
te regalé.

DESDÉM. ¡Oh, no lo tengo!

OTELO ¡Cómo!
¡Desdicha grande! Piensa que el pañuelo
lo regaló a mi madre una gitana
diestra hechicera, que leer sabía
los pensamientos de los corazones.
Dijo que mientras ella lo guardara,
mi padre viviría encadenado
a su amor. Más si acaso, descuidada,
llegase ella a perderlo o regalarlo,
sería despreciada eternamente
por él, que en busca de pasiones nuevas
se lanzaría. Al morir mi madre
me lo entregó, diciendo, que si el hado
a una mujer me unía, se lo diese.
Tal hice yo. Medita en ello. Guárdalo
como las niñas de tus ojos; piensa
que si lo regalaras o perdieras
causarías desgracia irreparable.

DESDÉM. ¿Será posible?

OTELO Como yo lo digo.
Su tejido encierra un poder mágico.
Una sibila que contó doscientas
vueltas del sol, tejiólo entre furores
proféticos. La seda, de gusanos
sagrados fué, y un bálsamo, extraído
con arte magistral, de corazones
de vírgenes, sirvió para teñirlo.

DESDÉM. Lo que dices ¿es cierto?

OTELO Y que no admite
duda. Cuídalo, pues.

DESDÉM. ¡Pluguiera al cielo

que mis ojos jamás lo hubieran visto!

OTELO ¿Qué dices?

DESDÉM. ¿Por qué me hablas de esta suerte?

OTELO ¿Lo has perdido? Responde. ¿No lo tienes ya en tu poder?

DESDÉM. ¡El cielo me proteja!

OTELO ¡Cómo!

DESDÉM. Perdido no, mas si lo fuera...

OTELO ¡Ah!

DESDÉM. No se me ha extraviado. Insisto en ello.

OTELO Ve a buscarle. Preciso es que lo vea.

DESDÉM. Pudiera sí, mas no en este momento, que así pretendes eludir mi ruego. Escucha, debes reponer a Casio.

OTELO ¡El pañuelo!...

DESDÉM. ¡Por Dios! ¡Habla de Casio!

OTELO ¡El pañuelo!...

DESDÉM. Un hombre que ha fundado su fortuna en tu afecto; que a tu lado compartió los peligros...

OTELO ¡El pañuelo!...

DESDÉM. Pues es tuya la culpa...

OTELO (Fuera de sí.) ¡¡Vete, vete!!

(Ella sale llorando, apoyándose en Emilia. Pausa. Yago se adelanta.)

ESCENA X

YAGO y OTELO

YAGO ¿Qué decís de ello?

OTELO Yo, ¿qué digo?

YAGO Vamos es pecado venial. Si yo a mi esposa doy un pañuelo...

OTELO Sigue.

YAGO Nada. Es suyo y como tal bien puede regalarlo a quien guste.

OTELO También su honor es suyo ¿y puede darlo acaso?

YAGO — Es una ciencia
invisible el honor. Muchas parecen
tenerlo y no lo tienen. Mas tornando
al pañuelo...

OTELO — Quisiera no acordarme
de ello. Me dijiste que se hallaba
en las manos de Casio...

YAGO — Mas ¿qué importa?

OTELO — ¿Lo hallas justo?

YAGO — ¿Qué haríais si os dijese
que le he visto ultrajaros; mejor dicho,
que yo le oí decir que así lo hizo?
Porque los hombres son tan miserables
que no les basta seducir, a veces
a las mujeres, con pesados ruegos,
y hablan después de haberlas conseguido.

OTELO — ¿Es que ha dicho?...

YAGO — Sí; mas yo os aseguro
que ha de negarlo todo.

OTELO — Mas, ¿qué dijo?

YAGO — Pues bien, pardiez, que había ya alcan-
[zado...

OTELO — (Lanza un grito y lo sujeta por un brazo.)

YAGO — Con ella o de ella... Cómo más os guste.

OTELO — (Fuera de sí.)
¿Con ella o de ella? ¡Así es como sabemos
cuándo nos venden! ¡Vil miseria! ¡An-
[tes
confiese y que le ahorquen por su hazaña!
¡O que lo maten antes y declare
después! Tiemblo al pensarlo. ¡Sus pala-
[bras
no son lo que me agita! ¡Son sus ojos,
sus labios, sus mejillas!... ¡Es posible!...
¡El pañuelo!... Luzbel... ¡Ah, qué con-
[fiese!

(Cae retorciéndose en horribles convulsiones. Yago lo contempla satisfecho.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un salón en el palacio de Otelo

ESCENA PRIMERA

OTELO sentado junto a la mesa; a su lado, YAGO

YAGO ¿Cómo va, general? ¿En la cabeza
os heristeis quizás?

OTELO ¿Quieres burlarte
de mí?

YAGO No, por el cielo. Mas quisiera
ver cómo la desdicha, virilmente
soportáis.

OTELO ¡Su vileza ha confesado!

YAGO Tened valor, señor. Pensad que todo
hombre que peina barbas, está expuesto
si se casó, a uncirse al mismo yugo
que arrastráis vos. Millones de infelices,
se acuestan en un lecho mancillado
y jurarían que ellos son los únicos
dueños. Es vuestro caso todavía
mejor, que no es igual que acariciemos
a la impura creyéndola sin mancha,
siendo juguete del diablo. Vale
más para mí saberlo todo; entonces
ya sé quién soy y sé también la suerte
que ha de tener la que manchó mi honra.

OTELO Eres discreto; dices bien.

YAGO Dejadme

solo un momento y escuchad oculto
desde allí. Cuando ha poco, el sufrimiento
os trastornó, y medio loco al suelo
caísteis, llegó Casio. Que se fuera
le supliqué, diciéndole que torne
después, ya que con él me convenía
hablar. Lo prometió. Vos ocultaos,
y observad sus sonrisas y ademanes
desdeñosos, la cínica ironía
de su rostro, cuando la historia toda
me repita, diciendo cómo y cuándo,
se ha visto con Desdémona, las veces,
una por una, y dónde ellos de nuevo
se han de encontrar. Oíd atentamente
y conteneos; contemplad con calma
su semblante. Si no, ved que os tendría
por un hombre de poco temple.

OTELO — Yago,
iguales mi paciencia y mi cordura
serán a mi venganza.

YAGO — Calma ahora
Retiraos, ya llega...

(Otelo se oculta detrás del tapiz de una puerta. Entra Casio.)

ESCENA II

YAGO, CASIO y OTELO

YAGO — Bienvenido,
teniente. ¿Cómo os va?

CASIO — Mal, ya que el título
que me dais, es mi muerte sin tenerlo.

YAGO — Suplicad a Desdémona
(A media voz.) Si el caso
dependiese de Blanca, vuestro pleito
pronto se fallaría...

CASIO — (Riendo.) ¡Pobrecilla!...

OTELO — (Ya se ríe.)

YAGO — Jamás he visto una
mujer que quiera tanto.

CASIO — Sí, en efecto.
Parece que me quiere.

OTELO — (Débilmente
lo niega y se sonríe.)

YAGO — Oídme, Casio.

OTELO — (Le ruega que otra vez cuente la historia.
Sigue. Bien dicho, bien.)

YAGO — La voz corría
de que con ella ibais a casaros.

CASIO — (Riendo.) Ja, ja.

OTELO — (Ahora triunfas, ¿dí, romano?...)

CASIO — ¿Casarme yo con ella? ¡Bah!... Os su-[plico
que forméis opinión más favorable
de mi juicio y no creáis que enfermo
se halle de tal suerte.

OTELO — (Los que ganan
deben reir.)

YAGO — La gente así lo afirma.
(Casio se ríe otra vez.)

CASIO — ¿Queréis decir?

YAGO — ¡De veras! (Casio ríe.)
Y tenedme
por amigo traidor si es que ahora miento.

OTELO — (¿Echaste ya la cuenta de mis días?)

CASIO — Eso lo dice la muchacha. A ello
su vanidad le lanza y su cariño
sin que jamás le hiciese yo promesa
alguna.

OTELO — (Veo que me hace señas Yago.
Empieza ahora la historia.)

CASIO — A todas partes
me sigue la infeliz. Hace un momento
vino hasta aquí. Hallábame hace días
conversando con unos venecianos
a la orilla del mar cuando de pronto
llega y se me abalanza; echa sus brazos
entorno de mi cuello, así... (Lo hace.)

OTELO — (Exclamando:
¡Querido Casio!... así sus ademanes
lo demuestran.)

CASIO — Colgada de mis hombros

llora, quiere arrastrarme, se me lleva...

OTELO (¡ Ahora le cuenta cómo ella le invita
a mi alcoba !... Veo tu faz odiosa
mas no los perros que han de devorarla.)

CASIO Otro remedio no hay que separarme
de ella. Me importuna demasiado.
Le di un pañuelo que en mi propia estan-
[cia
he hallado y me lo torna hace un instante
diciendo : ¿ Pretendéis hacer creerme
que por casualidad vos lo encontrasteis?
El don será de una querida vuestra
¿ y suplicáis que uno semejante
yo borde? ¡ Devolvédselo a su dueña !

(Ha sacado el pañuelo para mostrarlo a Yago.)

OTELO (¡ Vive Dios ! Si parece el mío.)

CASIO Luego
me ha invitado a cenar.

YAGO ¿ Iréis?

CASIO Sí, pienso
hacerlo.

YAGO Puede ser que vaya a veros
allí. Os he de hablar.

CASIO Pues os espero.
¿ Vendréis?

YAGO Sí, andad, andad ; no hablemos de ello.

(Vase Casio, en seguida se adelanta Otelo.)

OTELO ¿ Cómo lo mato, Yago?

YAGO ¿ No observasteis
cómo en su crimen se regocijaba?

OTELO ¡ Oh, Yago !...

YAGO Y el pañuelo, ¿ no lo visteis?

OTELO ¿ Era el mío?

YAGO El vuestro. Yo os lo juro.
Ya sabéis cómo aprecia a vuestra esposa.
Le dá el pañuelo y él se lo regala
a su querida.

OTELO Lo estaría matando
nueve años... Una mujer tan bella,
tan inocente y dulce.

YAGO ¡ Bah ! Es preciso
olvidar todo eso.

OTELO Que hedionda
su carne se desprenda; que perezca
hoy mismo y se condene. No es posible
ya dejarla vivir. Tornóse piedra
mi corazón, y cuando lo golpeo
hiere mi mano. ¡ Oh !... Y en todo el mun-
no se hallaría una mujer más dulce [do
ni que mejor partir pudiera el lecho
con un emperador, leyes dictándole.

YAGO El mismo vos no sois.

OTELO Maldita sea.
¡ Sí ! ¡ mil veces, mil veces ! Necesito,
Yago, que me procures un veneno.
No quiero hablar con ella. Sus encantos
quizás trastornarían mis sentidos.
Esta noche será.

YAGO Yo os aconsejo
que no la envenenéis. Mejor sería
ahogarla sobre el lecho que ha infamado.

OTELO Me place tu justicia.

YAGO En cuanto a Casio,
yo me encargo. (Suenan clarines lejanos.)

OTELO ¿ Oíste?

YAGO De Venecia
serán noticias. (Vase Otelo.)

ESCENA III

YAGO y RODRIGO

YAGO ¡ Hola, bienvenido !

RODRIGO No te portas conmigo como debes.

YAGO ¿ Qué pruebas tienes de ello?

RODRIGO Me entretienes
a cada instante con proyectos nuevos,
y me apartas de aquello que deseo
sin darme la más mínima esperanza.

YAGO ¿ Quieres oirme?

RODRIGO Demasiado lo hice.

YAGO Me acusas sin derecho. Oye : Llegaron
mensajes de Venecia en que se ordena

a Otelo que renuncie su alto cargo
en las manos de Casio.

RODRIGO ¿Qué, no mientes?
Desdémona y su esposo en este caso
volverán a Venecia...

YAGO ¡Oh, no! El entonces
con su mujer se marcha a Mauritania,
a no ser que su estancia se prolongue
aquí por imprevista causa, y nada
puede contribuir a ello como
la desaparición de Casio.

RODRIGO ¡Habla!
No te entiendo.

YAGO ¡Vamos!... Dejarlo inútil
para que llegue hasta el lugar de Otelo...
Levantarle la tapa de los sesos.

RODRIGO ¿Y es a mí a quien reservas ese encargo?

YAGO Sí tal, si es que pretendes la venganza
y el provecho. Esta noche cena Casio
con una cortesana; me ha invitado.
Si tú le esperas cuando de allí salga
le podrás sorprender. Yo he de ayudarte
y entre los dos caerá. No, no es preciso
que te quedes pasmado. Ven conmigo
y te demostraré que es necesaria
su muerte y por qué debes tú matarlo
sin vacilar. Vamos, la noche avanza.

RODRIGO Para ello necesito más razones.

YAGO Te las daré y han de satisfacerte.

(Salen los dos.)

ESCENA IV

Entran OTELO y EMILIA

OTELO ¿Conque no viste nada?

EMILIA Nada he visto.
ni sospechado nunca.

OTELO Pues yo afirmo
que la has visto con Casio.

EMILIA Nunca en ello

halló malicia, y cuanto ellos se han dicho
he oído.

OTELO — ¿Nunca en secreto hablaron?

EMILIA — Nunca.

OTELO — ¿Ni te mandaron retirarte?

EMILIA — Jamás, señor.

OTELO — ¿Para traer sus guantes,
el abanico o su antifaz acaso?

EMILIA — No.

OTELO — Es singular.

EMILIA — Creedme, señor mío,
es honrada; mi alma apostaría.
Si creéis otra cosa, esas ideas
que os perturban, lanzad de vuestra men-
Al miserable que os inspiró dudas, [te.
la maldición de Dios a la serpiente
alcance. Si no fuera fiel y honrada
en el mundo no existe hombre dichoso,
y la mujer más santa, es más impura
que la calumnia más abominable.

OTELO — Dile que venga. (Vase Emilia.)
Bien la ha defendido,
que de no hacerlo, no sería buena
tercera... Mas, no obstante, yo la he visto
que suplicaba al cielo, arrodillada.

ESCENA V

Dicho, DESDÉMONA y EMILIA.

DESDÉM. — ¿Qué me mandas, señor?

OTELO — Llega, amor mío.

DESDÉM. — ¿Qué deseas de mí?

OTELO — Verte los ojos.

DESDÉM. — ¿Qué terrible capricho es este?

OTELO — (A Emilia.) Vete
mujer a tus quehaceres; deja solos
a los amantes. Cierra bien la puerta
y si alguno se acerca, tose o canta.
(Vase Emilia.)

DESDÉM. — De rodillas suplico que me digas
por qué me hablas así. De tus palabras
comprendo yo la ira, y su sentido

no puedo comprender.

OTELO Dime: ¿quién eres?

DESDÉM. Soy tu esposa, señor, tu esposa amante
y fiel.

OTELO Júralo pronto y al infierno
condénate después y así no ocurra,
que arrebatarte teman los diablos,
tan parecida viéndote a los ángeles.
Para que doblemente te condenes
jura que eres honrada.

DESDÉM. ¡Dios lo sabe!

OTELO ¡Sabe que eres más falsa que el infierno!

DESDÉM. ¡Falsa, señor!... ¿A quién? ¿Con quién?
¿Y cómo?

OTELO ¡Oh, Desdémona! ¡Vete, vete! ¡Lejos!

DESDÉM. ¡Hora funesta; oh, cielos!... Dime, dime,
¿por qué lloras? ¿Acaso soy la causa
de tu llanto? Aquello que te aflige
a mí también me hiere.

OTELO Si quisiera
probarme el cielo a fuerza de desgracias;
si sobre mi cabeza mil pesares
y oprobios arrojara; si me hubiera
sumido en la miseria más terrible;
si mi cuerpo ligara con cadenas
y cautivas mis dulces esperanzas
yo viese, siempre en mi alma encontraría
algún pequeño resto de consuelo.
¡El ser objeto vil donde dirige
todas sus flechas el escarnio torpe!...
Aun quizás llegaría a soportarlo.
Mas que yo pueda ver donde concentro
acumulados todos mis afectos
mejores, donde debo por la fuerza
vivir o hallar la muerte, y que la fuente
de donde manan todas mis delicias
agotóse o es una impura charca
donde rebullen los inmundos sapos...
Que llegue este ángel de rosados labios
al que llaman paciencia, que sus ojos
dirija a una visión tan espantosa,
y veremos si no trueca en horrible

la expresión de su rostro tan hermoso.

DESDÉM. Confío en que tú siempre me has tenido
por pura y virtuosa.

OTELO Como a estos
insectos que al estío acuden todos
sobre la carne muerta. Vil arbusto
de exquisita belleza y cuyo aliento
envenena el sentido... dime, dime,
¿por qué naciste?

DESDÉM. ¡Oh! dime, ¿qué crimen
he cometido, sin saberlo?

OTELO ¿En este
blanco papel, en libro tan hermoso,
cómo puede leerse esta palabra:
«adúltera»? Mujer, mujer, ¿qué has hecho,
que al hablar de tus actos, mis mejillas
fraguas se tornan y mis miramientos
redúcense a cenizas? ¿Me preguntas
qué has hecho? El cielo mismo a tus palabras
se empaña, y su rostro avergonzada
la Luna oculta, y el lascivo viento
que acaricia cuanto a su paso encuentra,
se abisma en las entrañas de la Tierra.
¿Y aun osas preguntarme lo que has hecho?

DESDÉM. Me acusas sin motivo.

OTELO ¿Es que no eres
una vil meretriz?

DESDÉM. No; te lo juro
por mi fe de cristiana. Si guardarme
para mi dueño, libre del contacto
de otras manos impuras, es no serlo,
no soy lo que tú dices.

OTELO ¿No lo eres?

DESDÉM. ¡No; lo juro por Dios!...

OTELO ¡Será posible!...

DESDÉM. ¡Quiera el cielo apiadarse de nosotros!

(Suenan trompetas dentro.)

OTELO Siendo así, te suplico me perdones.
Te creía la astuta cortesana
de Venecia que fué mujer de Otelo.

ESCENA VII

Dichos, LUDOVICO, YAGO y acompañamiento.

LUDOVICO ¡El cielo os guarde, general!
OTELO Por siempre.
LUDOVICO Os saludan el dux como el Senado
por mi boca. (Le entrega un pliego.)
OTELO Y beso yo este pliego
donde llegan sus altas voluntades.
DESDÉM. (A Ludovico, conteniendo su emoción.)
¿Qué noticias traéis, querido primo?
YAGO Sed bienvenido a Chipre. Gozo al veros.
LUDOVICO ¡Oh, gracias!... ¿Y el teniente Casio?
YAGO ¡Vive!...
DESDÉM. De mi esposo, cruel desavenencia
lo mantiene alejado; espero, primo,
que vos lo arreglaréis.
OTELO ¿Así lo esperas?
DESDÉM. ¡Señor!...
OTELO (Leyendo.) «Y lo que nos aquí ordenamos
cuidaréis de cumplir.»
LUDOVICO (A Desdémona.) Con vos no hablaba,
proseguía leyendo. ¿Mas, riñeron
Casio y Otelo?
DESDÉM. Sí, y me gustaría
reconciliarlos, por el mismo afecto
que tengo a Casio.
OTELO ¡Ira de Dios!
DESDÉM. ¡Esposo!
OTELO ¿Estás en tu juicio?
DESDÉM. (A Ludovico.) ¿Qué le pasa?
LUDOVICO Quizá le irrite lo que allí le dicen,
pues le previenen que a Venecia torne,
y Casio ocupe su lugar.
DESDÉM. Me place.
OTELO ¿De veras?
DESDÉM. ¡Oh, señor!
OTELO Y a mí me place
hallarte loca.
DESDÉM. ¡Mi querido Otelo!
OTELO ¡Lucifer! (Golpeándola.)

DESDÉM. (Llorando.) ¡Yo jamás he merecido
que me trates así!

LUDOVICO (Interviniendo.) Nunca en Venecia
se creyera un suceso como este,
aunque con juramento lo afirmara.
Reparad vuestra falta; ved su llanto.

OTELO ¡Oh, Lucifer! ¡Oh, Lucifer! Si el llanto
de una mujer regara el Universo,
cada gota un caimán se tornaría.
Aparta. (A ella.)

DESDÉM. (Yéndose.) Sí, me voy, ya que mi vista
te causa enojo.

LUDOVICO Dama más humilde
no se hallara en verdad. Señor, os ruego
que la llaméis.

OTELO ¡Mujer!

DESDÉM. ¿Qué es lo que ordenas?

OTELO (A Ludovico.)
¿Qué la queréis?

LUDOVICO ¿Yo?

OTELO ¡Vos! ¿No me dijisteis
que la llamara? Sí, bien presto torna
y retorna otra vez; y llora, llora
señor, y ella es sumisa, muy sumisa.
¡Sigue llorando! (A Desdémona.)
(A Ludovico.) Y vos, por lo que dicen
en estos pliegos... (¡Qué terrible pena
tan bien fingida!) en ellos me dan orden
de tornar a Venecia y yo la acato.
Iré a Venecia.
(A Desdémona.) ¡Vete, vete; déjame!
(A Ludovico.)
Den a Casio mi cargo; mas espero
que esta noche vos cenaréis conmigo.
Sed bienvenido en Chipre... ¡Miserables!
¡Maldición, maldición! ¡Traidores! ¡Ji-
mios!

(Vase. Todos permanecen suspensos y admirados.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Una alcoba en el palacio. Al fondo, el lecho; una lámpara encendida ilumina la estancia.

ESCENA PRIMERA

DESDÉMONA y EMILIA

EMILIA Parece que se halla más tranquilo.

DESDÉM. Me ha dicho que me acueste, pues volvía
al instante. También me dió el encargo
de despedirte cuando esté servida.

EMILIA ¿Despedirme?... ¿por qué?

DESDÉM. Me lo ha ordenado.
Así pues, buena Emilia, dame presto
mi ropa de dormir, que no quisiera
contrariarle, y adiós.

EMILIA Pluguiera al cielo
que jamás a tal hombre conocierais.

DESDÉM. ¡Oh, no, Emilia! Todas las perfecciones
en él halla mi amor. Su adusto ceño,
su terquedad y su terrible cólera,
aun aquilatan más sus perfecciones
a mis ojos. Descíñeme.

EMILIA Se hallan
sobre el lecho las sábanas.

DESDÉM. ¡Dios mío!...
Es igual; ¡mas a veces nos asaltan
unos caprichos!... Si muriese, acaso,

antes que tú, quisiera que mi cuerpo
amortajes en una de esas sábanas.

EMILIA ¡Callad, por Dios!

DESDÉM. Tenía una doncella
que se llamaba Bárbara, mi madre.
Tuvo amores; tornóse el novio loco
y la dejó. Una canción sabía,
vieja canción acorde con su pena;
cantándola murió. Me es imposible
olvidarla esta noche; mi cabeza
se inclina y como Bárbara yo canto...
Abrevia, por favor.

EMILIA ¿Queréis la bata?

DESDÉM. No; suéltame el vestido... Ludovico
es discreto.

EMILIA Y amable.

DESDÉM. Muy bien habla.

EMILIA Una dama en Venecia he conocido,
que a pie descalzo iría a Palestina
por alcanzar un beso de sus labios.

DESDÉM. (Va cantando, mientras Emilia la desnuda.)
Sentada a la sombra del sauce, la niña,
canta, verde sauce,
su rostro en las manos llorando escondía.
canta, sauce, sauce.
Repite sus ayes la rauda corriente,
canta, sauce, sauce,
la roca más dura su llanto enternece.
canta, sauce, sauce...
Vendrá al momento; guárdame esta ropa.
De tus verdes hojas corona he de hacerme.
No sigue así... ¿Llamaron?

EMILIA Es el viento.

DESDÉM. *De mi amante nadie culpe los desdenes,*
canta, sauce, sauce.
De falso le acuso y me ha contestado,
canta, sauce, sauce...
que muchos te adoren, si muchas he amado.
¡Vete ya; buenas noches! ¡Oh, me escuecen
los ojos y es señal dicen de llanto!

EMILIA Dejad que digan.

DESDÉM. Dime, dime, Emilia:
¿crees tú que hay mujeres tan infames
que vendan de ese modo a sus esposos?

EMILIA ¡Y no ha de haberlas!

DESDÉM. ¿Todo el Universo
te induciría a tal bajeza?

EMILIA ¿Acaso
os indujera a vos?

DESDÉM. No; te lo juro
por la luz de esos astros.

EMILIA No lo hiciera
yo tampoco a su luz, mas en tinieblas...

DESDÉM. ¿Por todo el mundo acaso cometieras
tal acción?

EMILIA Es el mundo una gran cosa;
gran beneficio, para leve falta.

DESDÉM. No creo lo que dices.

EMILIA Si lo hiciera,
deshaciéndolo luego...; mas os juro,
que no pecara por una sortija
o un pedazo de lienzo, por vestidos
tocas o encajes; valen poca cosa.
¡Mas por el mundo entero!... ¿Quién no infama,
a su esposo, si ha de alcanzar con ello
un trono para él? Corriera el riesgo
de condenarme obrando de otra suerte.

DESDÉM. El cielo me maldiga si llegase
a turbarme esta idea.

EMILIA Si tenía
el mundo en mi poder, la falta nadie
podría echarme en cara.

DESDÉM. No, no creo
que exista una mujer capaz de tanto.

EMILIA No una sino muchas; suficientes
para llenar el mundo. Mas yo creo
que es culpa del marido si ellas pecan,
ya porque él faltaba a sus deberes,
o arrojó su tesoro en mano ajena,
o ardiendo en unos celos miserables
a la esposa oprimiendo la golpea,
inquiriendo indiscreto en su pasado.

Han de saber que no somos palomas
sin hiel y que también place a nosotras
la venganza ; que tanto como ellos,
somos inteligentes ; que como ellos
distinguimos lo dulce de lo amargo.
¿Por qué por otras nos olvidan? ¿Sólo
es diversión? ¡Quizás! ¿Por acicate
de la pasión? ¡Quién sabe! ¿Es que son
[frágiles?
¡Pudiera ser! ¿Mas, no somos nosotras
divertidas, apasionadas, frágiles
como ellos? Pues obren con prudencia,
que si llegamos a pecar, sus faltas
son de nuestros pecados el origen.

DESDÉM. (Ya en el lecho, corriendo las cortinas.)
Buenas noches, Emilia, buenas noches.
Nunca nos sirva la maldad ajena
para imitarla ; sírvanos de ejemplo,
para aumentar nuestras virtudes todas.
(Vase Emilia, cerrando la puerta ; la escena queda sola un largo espacio. Duespués entra Otelo.)

ESCENA II

OTELO y DESDÉMONA

OTELO ¡Esta es la causa, corazón ; la causa
que jamás os diré castas estrellas !
Mas yo no quiero derramar su sangre
ni lacerar su piel, su piel suave
como una estatua de alabastro. Y debe
morir para que a otros no traiciones
por mucho que me pese. Estas dos luces
apagaré : la lámpara primero,
después tu luz. (Por Desdémona.)
(Por la lámpara.) Si ahora yo te apago
fiel servidor, mis manos cuando quiera
te tornarán a vida.
(Por ella.) Mas si extingo
tu llama ¡oh la obra más perfecta
que la Naturaleza crear pudo !

¿dónde de Prometeo hallaré el fuego
que puede reanimar tu luz espléndida?
Si la rosa yo arranco de su tallo,
¿cómo aliento vital podré de nuevo
comunicarle? La veré marchita
sin remedio. Su dulce aroma ansío
aspirar en el cáliz. (La besa.)
Dulce aliento,
a la misma justicia persuadieras
logrando que su aguda espada quiebre.
¡Otro beso!... ¡Otro aún! Si permaneces
así como te miro, cuando muerta,
la vida he de quitarte, solamente
para amarte después. Aún otro beso,
el último. Jamás ha sido un beso
tan fatal y tan dulce. No es posible
el llanto contener. ¡Feroces lágrimas!
Es mi dolor cual cólera divina
que viene a herir aquello que más ama.

DESDÉM. (Despertando.)
¿Quién? Otelo, ¿eres tú?

OTELO Yo soy; el mismo.

DESDÉM. ¿Deseas acostarte?

OTELO Dí, Desdémona,
¿has rezado esta noche?

DESDÉM. Como siempre.

OTELO Si algún crimen acude a tu memoria
que no te tenga perdonado el cielo,
su gracia implora sin perder instante.

DESDÉM. Oh, señor, no comprendo tus palabras.

OTELO Cumple lo que te digo. Reza y pronto
termina. Yo pasearé entretanto.
No quisiera la vida arrebatarte
sin que te hallaras a morir dispuesta.
Líbreme el cielo de matar tu alma.

DESDÉM. ¿Hablas tú de matar?

OTELO Sí.

DESDÉM. Que se apiade
en tal caso el cielo de mi alma.

OTELO De todo corazón yo lo deseo.

DESDÉM. Acaso no me mates, si tal dices.

OTELO ¡Oh!...

DESDÉM. Y no obstante, gran pavor me causas.
Es fatal tu mirada cuando giras
así los ojos. Yo no he cometido
crimen alguno y tiemblo a pesar mío.

OTELO Piensa en tus culpas.

DESDÉM. Sólo son amores.
que me arrastran a ti.

OTELO Por ellos mueres.

DESDÉM. Horrible muerte, aquella que nos hiere
por amor. Dime ¡oh, cielos! ¿por qué [muerdes
tus labios? Y tu cuerpo ¿por qué tiembla,
agitado por furias insensatas?
Tristes presagios tengo, mas auguro
que no son contra mí.

OTELO Calla y atiende.

DESDÉM. Sí, sí, ¿qué quieres?

OTELO Regalaste a Casio
aquel pañuelo que yo amaba tanto
y que te di.

DESDÉM. ¡No es cierto! Por mi alma
lo juro. Llama a ese hombre y le pregun-
tú mismo. [tas

OTELO No perjures, no perjures.
En tu lecho de muerte estás. Recuérdalo.

DESDÉM. ¿Y he de morir ahora?

OTELO Sí, al instante.
Por lo tanto confiesa tu delito
que no puedes negar con juramentos
la firme convicción que me devora
y me obliga a lanzar roncos gemidos.
¡Vas a morir!

DESDÉM. Entonces ¡oh Dios mío,
apiadaos de mí!

OTELO Amén, te digo.

DESDÉM. Y tú también apiádate, que nunca
te falté y jamás he amado a Casio.
Sólo el afecto que permite el cielo
yo puse en él, y nunca le di prenda
de amores.

OTELO No ¡por Dios! que mi pañuelo
he visto entre sus manos. Oh, perjura,

mi corazón se torna en dura roca
al oirte y lograrás que cumpla
horrible asesinato, en vez de aquello
que yo quería trocar en sacrificio.
Yo vi el pañuelo, yo.

DESDÉM. Lo halló sin duda,
que jamás se lo di. Que venga y diga
él la verdad.

OTELO Ha confesado...

DESDÉM. ¿Cómo?

OTELO Que te entregaste a él.

DESDÉM. ¿Indignamente?

OTELO Sí.

DESDÉM. Que torne a decirlo.

OTELO El noble Yago
selló su boca.

DESDÉM. Mis temores hablan.
¿Ha muerto?

OTELO Si tuviera tantas vidas
como cabellos, mi feroz venganza
uno a uno los fuera devorando.

DESDÉM. ¡Ah! ¡Le hicieron traición y me han perdido!

OTELO ¡Aparta miserable! ¿Osas llorarle
en mi presencia?

DESDÉM. ¡Oh, señor, arrójame
de tu lado, mas no me mates!

OTELO Basta.

DESDÉM. Dame muerte mañana; que yo viva
esta noche tan sólo...

OTELO Si resistes.

DESDÉM. ¡Media hora, no más!

OTELO Ya es tarde.

DESDÉM. ¡Deja
que rece una oración!

OTELO ¡Ya no es posible!
(La ahoga.)

EMILIA (Llamando a la puerta.)
¡Señor, señor!

OTELO ¡Oh! ¿qué ruido es este?
¿No está muerta? ¿No está muerta del todo?

Si soy cruel, aun compasión te tengo
y prolongar no quiero tu agonía,
¡Así, así!...

EMILIA (Dentro.) ¡Señor, señor!

OTELO ¿Quién llama?

EMILIA (Dentro.)
Una palabra...

OTELO . Emilia, sí.
(Mirando a Desdémona.) ¡Está muerta!
Vendrá a decirme, cómo murió Casio,
mucho gritaron. ¡Ah, ya no se mueve!
¡Como si reposara en el sepulcro!
¿La dejaré que pase? ¿Puedo hacerlo?
Parece que se mueve... ¡No! ¿Qué debo
hacer?... ¡Si yo la dejo entrar, sin duda
hablará a mi mujer! ¡Si no la tengo!
¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¡Hora terrible,
espantoso suplicio! Inmenso eclipse
de la Luna y del Sol quizás ocurre
y la tierra, asombrada de espantoso
pavor, se resquebraja y desmorona.

EMILIA Mi buen señor, preciso es que yo os hable.

OTELO Ya te había olvidado; entra. Despacio.
Aguarda un poco. Corro las cortinas.
¿Dónde estás? (Abre la puerta.)
¿Qué deseas?

ESCENA III

OTELO y EMILIA

EMILIA (Entrando.) ¡Ah! Un horrible
asesinato, han cometido.

OTELO ¿En este
instante?

EMILIA ¡En este instante!

OTELO Es de la Luna
funesto error, pues más de lo que suele
a la Tierra se acerca y enloquece
a los hombres.

EMILIA Oíd : Ha dado muerte
Casio a Rodrigo, un joven veneciano.
OTELO. ¡ Rodrigo asesinado y Casio muerto !
EMILIA No, Casio vive.
OTELO ¿Dices tú que vive?
Si eso es asesinato, la venganza,
ronca está y desentona...
DESDÉM. ¡ Muero, muero,
vilmente asesinada !
EMILIA ¡ Oh, Dios ! ¿Quién grita?
OTELO ¿Cómo?
EMILIA ¡ La voz de mi señora ! Pronto.
(Se dirige al lecho y abre las cortinas.)
¡ Favor ! ¡ Favor ! ¡ Socorro ! Hablad, se-
¡ Mi dulce ama, hablad ! [ñora !
DESDÉM. ¡ Muero inocente !
EMILIA ¿Quién os hirió?
DESDÉM. Nadie ; yo misma he sido.
¡ Recuérdame a mi esposo ! (Muere.)
OTELO (A Emilia.) ¿De qué suerte
fué asesinada?
EMILIA ¡ Oh, qué horror ! ¿Quién sabe?
OTELO ¿No la oíste decir que yo no he sido?
EMILIA Lo que ella ha dicho atestiguar yo debo.
OTELO Mintió al morir. Yo fuí quien la dió muer-
[te.
EMILIA Por lo mismo, más pura mi señora
y más infame vos.
OTELO Vil prostituta,
su decoro manchó.
EMILIA Calumnia sólo
vuestras palabras son.
OTELO Ella fué falsa
como el agua.
EMILIA Violento como el fuego
fuisteis vos, al pensar que os traicionaba.
OTELO Casio su amante fué. Lo dijo Yago.
En la sima más honda del infierno
debieran arrojarme condenado
si a obrar como yo obré no me indujera
justa causa ; tu esposo bien lo sabe.
EMILIA ¡ Mi esposo !

OTELO — Sí.

EMILIA — ¿Os dijo que os faltaba?

OTELO — Con Casio. Que si fiel me hubiera sido,
aunque otro mundo me brindara el cielo
más limpido y perfecto, no quisiera
aceptarlo.

EMILIA — ¡Mi esposo!

OTELO — Fué el primero
que descubrió la afrenta. Un hombre honrado
a quien repugnan todas las bajezas.

EMILIA — ¡Mi esposo!

OTELO — Sí; mas, ¿para qué repites
mis palabras, mujer?

EMILIA — ¡Mi dulce ama!
Del amor se ha burlado la perfidia.
¡Atreverse a decir que no era pura!

OTELO — Sí, sí, tu esposo fué. Mi digno amigo,
el honrado, el honrado y noble Yago.

EMILIA — Si tal dijo, que su alma se corrompa
lentamente. ¡Mintió, mintió el infame!

OTELO — ¡Ah! (Amenazándola.)

EMILIA — No me asustan todas vuestras iras.
Del cielo es tan indigna vuestra hazaña,
como vos sois indigno de ella.

OTELO — ¡Calla!

EMILIA — La fuerza de mi pena, no la iguala
vuestro deseo loco de dañarme.
¿Qué habéis hecho? ¿Creéis que me amedrenta
vuestra espada? ¡A todos decir quiero
quién sois, aunque perdiese veinte vidas!
¡Favor! Favor! ¡Socorro! ¡Que a mi dueña
ha dado muerte el Moro! ¡Al asesino!

ESCENA IV

Dichos, MONTANO, GRACIANO, YAGO y sirvientes de palacio.

MONTANO ¿Qué ocurre, general?
GRACIANO ¿Decid, qué pasa?
EMILIA (Dirigiéndose a Yago.)
Si eres hombre de honor, a este villano
desmiente, pues afirma que dijiste
que le era infiel su esposa. Que es infame
calumnia yo lo sé y tú no puedes
ser miserable tan envilecido...
Habla, pues; que mi corazón estalla
de angustia. ¡Habla!...
YAGO Dije solamente
aquello que pensaba, y dije sólo
lo que él halló verdad y con sus mismos
ojos pudo observar.
EMILIA Mas ¿tú dijiste
que ella fué desleal?
YAGO Sí.
EMILIA Pues, mentiste
infamemente. ¡Sí! ¡Mentira odiosa!
¿Y con Casio, con Casio?
YAGO Sí, con Casio,
y calla ya.
EMILIA No. Debo hablar; oídme:
¡Asesinada está sobre su lecho
mi señora!
MONTANO ¡Horror!
GRACIANO ¡Dios nos asista!
EMILIA (A Yago.)
¡Por tu culpa ella ha muerto, miserable!
OTELO No os asombréis, dice verdad.
EMILIA ¡Infamia!
¡Infamia!
YAGO Vete a casa. ¿Enloqueciste
quizás?
EMILIA No, yo he de hablar, y ser pudiera
que a tu casa jamás tornase, Yago.
(Otelo cae sollozando y rugiendo sobre el lecho.)

¡ Al suelo, al suelo y ruge ! ¡ La más dulce
mujer que miró el cielo !

OTELO — Fué traidora.
(A Graciano.)
Perdonadme, señor. Vuestra sobrina,
cuyo aliento ahora mismo con mis manos
he extinguido, allí se halla tendida.
Abominable juzgaréis mi hazaña.

GRACIANO — ¡ Desdichada Desdémona ! ¡ Bien hizo
tu padre falleciendo !

OTELO — ¡ Horrible trance !
Mas a Yago le consta que con Casio
ella mil veces infamó mi nombre.
El mismo Casio declaró. Su afecto
ella recompensó con la primera
ofrenda que le di cual testimonio
de mi amor. Yo la he visto entre sus ma-
Era un viejo pañuelo que mi padre [nos.
a mi madre entregó de amor en prenda.

EMILIA — ¡ Oh, santos cielos !

YAGO — ¡ Calla !

EMILIA — ¡ Torpe Otelo !
Yo hallé vuestro pañuelo, abandonado,
y a mi esposo lo di, ya que sin tregua
me incitaba a robarlo.

YAGO — ¡ Miserable !

EMILIA — Desdémona jamás lo entregó a Casio,
pues yo lo di a mi esposo.

YAGO — ¡ Mientes ! ¡ Mientes !
(Hiere a Emilia y huye.)

GRACIANO — ¡ A su mujer mató !

MONTANO — Tomad la espada
del Moro. Que se guarden las salidas
del castillo. Yo mismo voy en busca
de ese infame cobarde. (Vase.)

OTELO — Hasta yo mismo
mi valor he perdido ; ¡ que mi espada
me quita de las manos un pigmeo !
Más ¿ para qué la honra ahora pretende
sobrevivir al mismo honor ? Que todo
se acabe de una vez.

EMILIA — ¡ Oh ! ¿ qué auguraba,

señora, tu canción? ¿Puedes oirme?
Cantando moriré: *Oh sauce, sauce...*
(Queda a los pies del lecho espirante.)

OTELO Aun puedo hallar un arma. Es una espada
española, templada en la corriente
helada de un arroyo. Vedla. Es fuerza
ahora que yo salga.

GRACIANO Caro puede
costaros el intento.

OTELO Pues oídme:
Tengo un hierro. Jamás soldado alguno
lo ha ceñido mejor y muchas veces
mi débil brazo armado de esta espada
excelente, camino supo abrirme
entre obstáculos mucho más temibles
que el que vosotros me oponéis ahora.
Mas ¡alardes inútiles! ¿Quién puede
oponerse al destino? Pasó todo
y no debéis temerme al verme armado.
Mi jornada acabó; hallé ya el límite
del triste mar de la existencia mía.
¿Os apartáis de mí? Temores vanos,
pues si esgrimís un junco contra el Moro,
veréis cómo ante el junco retrocede.
¿A qué lugar dirigirá sus pasos?
¿Qué expresión es la tuya, desdichada
mujer? ¡Como tu túnica eres pálida!
Cuando nos encontremos frente a frente
en la otra vida, esa mirada tuya
arrojará mi alma del Empíreo
y caerá entre las garras de las furias.
¡Cual tu pureza yerta estás! ¡Maldito,
maldito esclavo! ¡Oh, genios infernales
expulsadme de aquí y así no goce
de la visión divina que contemplo.
Lanzadme al huracán más espantoso,
en derretido azufre haced que arda,
sumergidme en profundo mar de fuego!...
¡Muerta! ¡Muerta! ¡Desdémona! ¡Des-
[démona!

ESCENA V

OTELO, LUDOVICO, MONTANO, YAGO prisionero y guardias

LUDOVICO Ese ser iracundo y desdichado
¿dónde se halla?

OTELO ¿Preguntáis acaso
quién era Otelo? Vedle.

LUDOVICO ¿Y ese infame?
Traedlo aquí.

OTELO Dejad, dejad, que vea
sus pies. Si eres Luzbel es imposible
matarte.

LUDOVICO Desarmadle.

YAGO Aunque me ha herido,
no me ha muerto.

OTELO Prefiero yo que vivas:
ya que es la muerte para mí suprema
felicidad.

LUDOVICO ¡De vos, qué dirá el mundo!

OTELO Lo que quiera. Quizás noble asesino
me llame; que al matar como he matado
la honra movió mi brazo, y no la ira.

LUDOVICO La estancia abandonad. Venid conmigo
que del poder os privan y gobierna
ya en Chipre, Casio. Conducidle.

OTELO Os ruego
que os detengáis. Oídme dos palabras:
Al Estado he servido lealmente,
ya lo saben y basta. Mas suplico
que al relatar estos terribles hechos
habléis de mí como quien soy. Excusas
no pido ni disculpas; mas por fuerza
tenéis que hablar de un hombre que no su-
amar discretamente, sino mucho. [po
De un hombre que fué tardo en la sospe-
[cha;
mas que por la traición herido, víctima
fué de las dudas más abominables.
De un hombre que, cual indio miserable,

tiró con mano aleve, hermosa perla,
de más valía que su tribu entera.
De un hombre, cuyos ojos, ya humillados,
aunque apenas verter saben las lágrimas
hoy derraman un llanto más copioso
que la resina que derrama el árbol
de Arabia. Escribid esto. Añadid luego
que una vez en Alepo, viendo un turco
que osó infame ofender a un veneciano
insultando al Estado, asegurando
de la garganta al perro incircunciso
así lo degolló. (Se hiere.)

LUDOVICO ¡ Aciago día !

OTELO ¡ Cuando te di la muerte, te di un beso,
ahora al matarme, sobre el beso muero !
(Cae muerto, todos permanecen inmóviles y horrorizados.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El nido ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
La viuda alegre
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S. Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de amar
La dama de las camelias
La domadora de leones
Los dos sargentos franceses
El Místico
García del Castañar
La fierecilla domada
El honor
El sí de las niñas
María Antonieta
El Conde de Montecristo
Otelo

Precio: DOS pesetas